

EPIGRAFÍAS Y LENGUAS EN CONTACTO EN LA HISPANIA ANTIGUA¹

Javier de Hoz

1. Los organizadores de este «IX Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas» me han pedido algo que probablemente supera ampliamente mi capacidad. Tengo que agradecerles una confianza halagadora y a la vez reconocer las limitaciones de lo que voy a exponer. El tema es demasiado amplio, demasiado complejo, demasiado dependiente de informaciones mínimas, a menudo meros indicios, pero puesto que en su momento cometí el error de aceptar algo que superaba mis fuerzas intentaré dar un panorama indicativo, ya que no suficiente, e ilustrar los problemas con algunos casos dignos de interés.

El estudio del contacto de lenguas y de los fenómenos a que da lugar tanto desde el punto de vista sociolingüístico como desde el de la lingüística histórica, en la que juega un papel de primera importancia dada la cantidad de cambios que deben su origen a ese contacto, es un campo en expansión, al que desde hace años se le dedica un interés creciente y cuyas bases teóricas, a pesar de tratarse todavía de cuestiones polémicas sobre las que existen escuelas enfrentadas, han proporcionado ya argumentos para comprender mejor muchas situaciones concretas en lenguas muy diversas. No insistiré en la antigüedad y generalidad del contacto de lenguas, dos hechos sobre los que existe acuerdo entre los investigadores por razones tanto teóricas como documentales.

Por ello debió de darse desde los primeros tiempos en la Península Ibérica, donde además las condiciones son particularmente apropiadas por sus características en cierto modo paradójicas; se trata a la vez de una zona puente que relaciona África con la masa continental europea,

¹ Este trabajo ha sido realizado dentro del programa BFF2003-09872-C02-01, financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia.

pero a la vez puede ser sentida como un límite, un último extremo del que ya no hay más allá y en el que pueden acumularse, y por lo tanto mestizarse, sucesivas aportaciones culturales; además su articulación interna es considerablemente compleja y se estructura en regiones bien delimitadas, que pueden servir de límites a unidades étnicas y culturales, pero las dificultades de comunicación entre esas regiones nunca han sido un impedimento suficiente como para evitar contactos importantes. Por otra parte no faltan zonas con características adecuadas para convertirse en ámbitos de refugio, donde pueden pervivir testimonios de situaciones muy antiguas que permitan reconstruir, hasta cierto punto, estadios anteriores transformados por la creación de nuevos contactos.

Por supuesto aquí como en cualquier otro punto hay que contar con que la situación anterior a la aparición de los estados nacionales, con sus fronteras bien definidas y vigiladas, era mucho más fluida. No es que las fronteras modernas impidan realmente el contacto, que sigue siendo muy eficaz entre dos naciones fronterizas, a la vez que las facilidades de movimiento y comunicación a distancia de la sociedad moderna proporcionan nuevas oportunidades a la convivencia de lenguas, pero debemos imaginar el mundo del que nos vamos a ocupar como un mundo de fronteras étnicas marcadas por extensas bandas de convivencia, de mezcla y de bilingüismo allí donde existían territorios étnicos más o menos definidos. En muchos casos esos territorios simplemente existían sólo en forma aproximada porque la movilidad era permanente; además hay que contar con fenómenos más especializados, como la trashumancia, que incluso en épocas relativamente recientes seguirían jugando un papel importante en el contacto lingüístico.

2. La información sobre nuestro tema está marcada por un cambio trascendental a partir de la aparición de la escritura, que nos obliga a considerar por separado los dos momentos históricos que se sitúan a uno y otro lado de esa frontera. Por supuesto no es posible determinar efectos específicos del contacto de lenguas antes de la aparición de la escritura, cuando en realidad apenas si vislumbramos en las condiciones más favorables la probabilidad de la existencia de algunas lenguas en ciertos puntos, pero tal vez se puedan rastrear áreas lingüísticas, es decir territorios en los que el contacto de lenguas diversas ha dado lugar a la aparición de ciertos rasgos tipológicos comunes en algunas de esas lenguas, incluso pertenecientes a familias diversas, por encima de las diferencias originales. El concepto de área lingüística o *Sprachbund* se ha desarrollado en fechas relativamente modernas y a partir del análisis de situaciones contemporáneas, inicialmente en el caso de los Balcanes, posteriormente en muchos otros lugares del mundo entre los que destacan como mejor estudiados casos como los del subcontinente indio o de

Mesoamérica, pero las condiciones que hacen posible la aparición de un área lingüística se daban también en la antigüedad, y de hecho algunas áreas actuales, como la del subcontinente indio, tienen sus raíces en fechas muy remotas.

En efecto entre los factores coadyuvantes para la aparición de un área lingüística están algunas circunstancias en parte ya mencionadas, que son normales en la prehistoria, y que en la Península no desaparecieron hasta la consolidación del dominio romano, en particular la movilidad de los grupos étnicos, la fluidez de las fronteras, o las redes de comercio sin una infraestructura política bien definida; otros factores que seguirían vivos en fechas muy posteriores, como la trashumancia, se daban ya en la antigüedad.

De hecho, incluso con anterioridad al moderno desarrollo del interés por la cuestión, algunos investigadores habían planteado hipótesis sobre áreas lingüísticas primitivas y algunas de ellas afectan a la Península. Se trata, naturalmente, de construcciones que retrotraen hacia el pasado ciertos rasgos visibles en lenguas modernas, a menudo sin contacto en la actualidad, pero que hay indicios de que pudieron tenerlo antiguamente; en buena medida se confunden con los estudios sobre el substrato, es decir, la acción ejercida por un estado de lengua pretérito sobre una lengua o lenguas que posteriormente ocupan el mismo territorio.

Básicamente podemos distinguir dos enfoques diferentes en el estudio del substrato, aunque a veces tienen puntos de contacto, de un lado el estudio del léxico, tanto toponimia como palabras de substrato que han pervivido en las lenguas modernas, de otro una aproximación más tipológica que pretende rastrear características generales de un área lingüística dada en un momento prehistórico. Este segundo enfoque es por supuesto el de mayor interés para nuestro tema.²

Todos estos estudios establecen hipótesis lingüísticas carentes de cronología precisa, aunque a menudo van acompañados de una hipótesis histórica basada en la verosimilitud de que en un determinado momento se den las condiciones más adecuadas para que se hayan producido las relaciones lingüísticas supuestas, pero sin que sea posible establecer nexos seguros de unión entre la información arqueológica e histórica de

² Ambos enfoques pueden relacionarse con la comparación remota, es decir, el estudio comparativo del léxico de lenguas de las que no existe una gramática comparada, para determinar su hipotético parentesco, cuando hacen intervenir a lenguas más o menos alejadas del ámbito mediterráneo. Un caso especial dentro de la comparación remota, puesto que se plantea sobre una base documental mucho más consistente es por supuesto el de los estudios sobre las relaciones del vasco.

una parte y la lingüística, real o supuesta, de otra. Nada en principio obliga a relacionar ninguna de estas hipótesis lingüísticas por ejemplo con el proceso de neolitización, aunque antes es más que improbable que la escasa densidad del poblamiento haya permitido que quedaran huellas lingüísticas detectables. Una vez valoradas como tales hipótesis puramente lingüísticas, y si resultan ser al menos posibilidades razonables, se plantea el problema de encajarlas en el tiempo histórico sin olvidar que nada asegura que algunas lenguas anteriores a la neolitización no hayan podido sobrevivir hasta fechas muy tardías. Por supuesto movimientos de gentes posteriores a la neolitización inicial, incluso de plena edad del bronce, en una secuencia que enlaza en realidad con la implantación del fenicio, el griego y finalmente el latín en occidente, han podido introducir nuevas lenguas no indoeuropeas en la zona. De la llegada de las indoeuropeas obviamente no cabe duda.

En lo que se refiere a las hipótesis derivadas básicamente del análisis del vocabulario, desde los comienzos de los estudios sobre el substrato lingüístico, se han señalado una serie de posibles concordancias en la toponimia de diversas regiones del Mediterráneo y el vocabulario no indoeuropeo del latín y el griego que llevaron a algunos investigadores a postular un substrato común a toda la región, al que bautizaron precisamente «mediterráneo», que implicaría que una lengua o lenguas estrechamente relacionadas entre sí habían sido dominantes con anterioridad a los diversos procesos de indoeuropeización.³

Por su encuadre geográfico la hipótesis mediterránea sería particularmente adecuada para dar cuenta del componente lingüístico de la neolitización, pero por desgracia es una hipótesis poco consistente; se basa en lo que podemos considerar a lo sumo indicios de posibles relaciones lingüísticas en un espacio preindoeuropeo y no en testimonios sólidos. Aplicada exclusivamente al Mediterráneo oriental y central se concreta mucho más y puede proporcionar una serie de indicios interesantes de un estrato lingüístico común, posiblemente muy antiguo, pero en occidente se disuelve en meros parecidos formales entre palabras sin valor demostrativo. Esto no quiere decir que sea necesariamente falsa, o al menos que algunas de las formas que atribuye a un substrato común no sean realmente formas originadas en un momento similar en lenguas

³ La bibliografía es muy amplia; ejs. y referencias en Kontzi, R. ed.: 1982: *Substrate*. La primitiva unidad lingüística mediterránea es todavía aceptada por Menéndez Pidal, R.: 1952: *Toponimia*, por ej. 73, aunque admitiendo a la vez, sobre una base arqueológica hoy día totalmente anticuada, una diferenciación entre una variedad cantábrico-pirenaica y otra ibero-capsiense, *Ibid.*, 74-8.

relacionadas o que han ejercido por razones culturales una influencia en otras lenguas mediterráneas, sino que carecemos de criterios que permitan confirmar la hipótesis básica aunque no de otros que permiten eliminar muchas de sus propuestas de detalle.

Otras hipótesis basadas en el vocabulario, dejando aparte las que implican el proceso de indoeuropeización, proponen estratos lingüísticos nunca definidos con precisión, que también afectan a la vez a la Península Ibérica y a territorios relativamente alejados pero que se diferencia netamente de la hipótesis «mediterránea». El esquema más claro es el propuesto por J. Hubschmid, que contrasta dos grandes bloques, uno euro-africano y otro hispano-caucásico.⁴ El primero estaría atestiguado por términos como *chaparro* con sus paralelos vasco del Roncal *tšapar* «roble joven», lat. *sappīnus* «clase de pino», varias formas romances como cat. *sap* «brezo», y una variante con sonora, lat. *sabīna* «juniperus sabina», también con paralelos en romance, todos ellos supuestamente relacionados con bereber *tasajt* «roble, alcornoque, encina», que presupondría una raíz común **sapp-/tšapp-*.⁵ Ejemplo del segundo puede ser la raíz **karri-* atestiguada desde vasco (*h*)*arri* «piedra» y su derivado bajo-navarro *k(h)arbe* «gruta», que conserva la oclusiva inicial, hasta el georgiano *karkari* «roca desnuda», pasando por *carrascal* «pedregal», cat. *carrotxa* «tierra pedregosa», rosellonés *quer* «roca», siciliano *carrancu* «lugar escarpado», armenio *kar* «roca» y abjaso *àqra* «roca, cadena de peñascos». ⁶ El problema de estas compilaciones de posibles formas relacionadas es doble; en muchos casos resultan tan hipotéticas como las que aporta la hipótesis mediterránea, e incluso los casos más convincentes no se dejan agrupar por rasgos internos que garanticen su pertenencia a una lengua concreta; siempre queda la duda de si estamos ante varios estratos lingüísticos diferentes o de si muchos de estos términos no serán palabras viajeras que se han transmitido a lenguas diversas, aunque la frecuencia de términos topográficos o botánicos en estos materiales no apoya esta idea. En todo caso, la vaguedad de las relaciones que dejan aparecer tanto la hipótesis mediterránea como las de Hubschmid es lo que les da un cierto interés desde nuestro punto de vista actual, ya que aunque sus defensores suelen interpretar los hechos en términos de substrato identificable con una lengua o familia de lenguas, me parece mucho más verosímil que lo que de válido pueda haber en las agrupaciones de términos se explique por antiqüisi-

⁴ Hubschmid, 1960: «Lenguas», 31-3.

⁵ Hubschmid, 1960: «Lenguas», 36-7.

⁶ Hubschmid, 1960: «Lenguas», 39.

mos contactos de lenguas que han permitido préstamos de vocabulario en direcciones diversas y en espacios muy amplios.

Cuando pasamos a las hipótesis que pudieramos llamar tipológicas, es decir basadas no en detalles léxicos sino en coincidencias estructurales que presuponen algún tipo de relación entre lenguas, nos encontramos en algunos casos con propuestas genéticas que tienen mucho en común con algunas de las basadas en el vocabulario. De nuevo nos encontramos con coincidencias que relacionan la Península Ibérica o el occidente de Europa, por un lado con la Europa oriental o Asia y por otro con el norte de África. Un celtista considerable, Wagner, dedicó en sus últimos años mucha atención a estas cuestiones y sostuvo la existencia de un estrato euroasiático,⁷ tipológicamente caracterizado, por ejemplo, por lo que se ha llamado declinación de las formas personales del verbo con función completiva que caracterizaría al vasco, al sumerio, al caucásico meridional y a lenguas nilo-saharianas como el nubio, y un estrato euroafricano que ha actuado en África de substrato de las lenguas bereberes y que directamente, o a través de lenguas perdidas, emparentadas con éstas, ha influido sobre las lenguas célticas insulares y el vasco; características de este grupo serían las formaciones completivas por medio de prefijos verbales y la infijación de los pronombres personales en el verbo. Este tipo de estudios se halla todavía poco desarrollado para que podamos valorarlo adecuadamente, pero hay que reconocer que aunque tal vez llegue a hacer posible una prehistoria lingüística de relativa profundidad, por el momento sus datos son excesivamente vagos y abstractos.

Más reciente es una teoría, alternativa a la llamada «comparación masiva», que podríamos llamar comparación tipológico-areal, utilizada desde siempre de forma más o menos intuitiva —de hecho ha jugado un papel considerable, a mi modo de ver, en el establecimiento de las hipótesis iniciales de la comparación masiva— que en fechas recientes Johanna Nichols ha intentado sistematizar y convertir en una auténtica metodología.⁸ La idea central de la obra de Nichols es que la geografía es un condicionante mayor de la distribución de ciertos agregados de rasgos tipológicos, tanto estructuras como categorías gramaticales, lo que a su vez implica que en la situación lingüística de un territorio dado encontramos un reflejo de distintos momentos en la expansión inicial de los

⁷ Wagner, H., 1976: «Common», 395-407. No mantengo la terminología utilizada por Wagner; en su lugar empleo términos que me parecen más descriptivos en función de nuestro tema.

⁸ Nichols, J., 1992: *Linguistic Diversity*.

hablantes, matizado por diversos episodios posteriores de expansión de familias o lenguas más modernas y por la existencia de restos periféricos a la zona de expansión y de zonas refugio en que difícilmente se da la substitución lingüística.

En el caso concreto de la Península Ibérica, el vasco de nuevo se vería involucrado en la reconstrucción de un estadio lingüístico primitivo de Europa, aunque Nichols niega explícitamente que pueda remontar al Paleolítico.⁹ Para esta autora el hecho de que varias lenguas periféricas o aisladas de Eurasia occidental, entre ellas el vasco, se caractericen por ergatividad y por una mayor presencia de marcadores de núcleo que en las lenguas indoeuropeas implicaría que estos rasgos eran propios de la Europa preindoeuropea,¹⁰ aunque para comprobar la hipótesis sería necesario demostrar la existencia de esos mismos rasgos en una lengua aislada atestiguada en la antigüedad; la autora se refiere en concreto al etrusco, aunque obviamente el ibérico podría ser un candidato aceptable. Por otra parte, la tendencia a marcadores de núcleo se presenta de forma distinta en el vasco, donde tenemos una tipología de marcas duplicadas, y en las lenguas caucásicas septentrionales, donde es el núcleo exclusivamente el que recibe marcadores.

La pretendida y habitual relación del vasco y las lenguas caucásicas reaparece aquí, como vemos, aunque en forma más sutil que en otras propuestas, y atribuyéndola a un momento indefinido pero que podría ser no muy anterior a la expansión de las lenguas indoeuropeas.

Como he dicho, la posibilidad de salvar las teorías de Nichols de su abstracción sería encontrar coincidencias tipológicas concretas no ya entre vasco y caucásico sino, como ya propuso la autora, entre vasco y alguna lengua a la vez geográficamente más próxima y situable en un tiempo más remoto que el relativamente moderno en que conocemos tanto el vasco como las lenguas caucásicas, por ejemplo el etrusco.

El comportamiento de los sufijos etruscos corresponde al de una lengua de morfología aglutinante, que utiliza postposiciones, pero cuando pretendemos precisar ciertos aspectos importantes para una tipología sintáctica, por ejemplo si se trata de una lengua de sistema acusativo, ergativo u otro carecemos de información suficiente, lo que repercute también en aspectos de la tipología morfológica, como la cuestión de si se da marcación del núcleo en oraciones verbales.

⁹ Nichols, J., 1992: *Linguistic Diversity*, 236.

¹⁰ Nichols, J., 1992: *Linguistic Diversity*, 264-5.

Dificultades de este género impiden ver con claridad si existe una cierta homogeneidad tipológica del tipo sugerido por Nichols, que tendría su más probable raíz histórica en la situación lingüística creada a partir de la neolitización.

Admitamos o no teorías muy generales sobre la situación lingüística del Mediterráneo occidental en el Neolítico, en cualquier caso esa situación tiene que explicarse por procesos concretos de poblamiento y de relaciones entre comunidades que plantean inevitablemente la cuestión de su posible huella en el registro arqueológico. La neolitización de la Península es, en la posición más ortodoxa, resultado del asentamiento de gentes llegadas a través del Mediterráneo y que han implicado un impacto no sólo cultural sino también demográfico lo suficientemente importante como para justificar un nuevo panorama lingüístico; en ese sentido no es inverosímil, sino todo lo contrario, la aparición de un horizonte lingüístico común a Hispania y a otras zonas del Mediterráneo, en particular las islas occidentales hasta Sicilia, que podría coincidir con algunas de las hipótesis consideradas, pero por el momento ninguna de esas hipótesis tiene una base lingüística suficiente como para que podamos considerarla particularmente probable.

3. A partir de la aparición de la escritura en la Península Ibérica, junto a nuevas posibilidades de información que transforman radicalmente nuestros conocimientos, surgen problemas nuevos que en parte son un aspecto más del contacto de lenguas; se trata de los problemas del contacto entre escrituras y antes aún los de la propia escritura como resultado de un contacto de lenguas.

Obviamente la adaptación exitosa de una escritura a una lengua distinta de aquélla para la que era usada implica, por parte del adaptador, un conocimiento de la escritura original y su uso y de la lengua receptora, que es difícilmente pensable si no se trata de un bilingüe, al menos en el sentido de hablante nativo de una de las lenguas y con un buen conocimiento de la otra como segunda lengua. Por lo tanto el contacto de lenguas está implícito en la aparición de una nueva escritura, y ésta es en sí misma un testimonio de ese contacto, aunque no necesariamente un testimonio muy significativo porque el bilingüismo así detectable puede estar restringido a un grupo muy reducido y puede no tener consecuencias importantes en ninguna de las dos lenguas. No insistiré por lo tanto en esa cuestión, aunque más adelante volveré sobre ella por su valor como indicio secundario.

Centrándonos en el problema de la escritura en sí, un primer hecho que quiero resaltar es que en ella se dan fenómenos que tienen cierto paralelismo con otros propios del contacto lingüístico, en particular

desde una óptica más sociolingüística que material. Si el área lingüística es un espacio de convergencia en que se desarrollan rasgos fonéticos, sintácticos, léxicos e incluso morfológicos comunes a lenguas diversas, ello se debe a que existen condiciones sociales que facilitan el contacto. Desde el punto de vista de la escritura podríamos hablar de un área fenicio-griega, del mismo modo que en el segundo milenio a.C. se podría hablar de un área cuneiforme; el área fenicio-griega caracterizada por rasgos muy generales como la existencia de sistemas simples, fácilmente aprendibles, conocidos por capas relativamente amplias aunque minoritarias de la sociedad, y por algunos tipos concretos de texto que previamente no eran frecuentes, como la inscripción sepulcral, la de propiedad o la artesanal, es el espacio en que nace la más antigua escritura paleohispánica al igual que sus derivadas, como la ibérica levantina. De ahí, junto a aspectos originales como el semisilabismo, los puntos de contacto funcionales no sólo con la escritura fenicia, su origen inmediato, sino con todas las contemporáneas del Mediterráneo, griega, etrusca, frigia y tantas otras, aunque las distintas circunstancias sociales y culturales dan lugar en cada tradición a estilos y formas propios, a veces sólo ligeramente peculiares como los aspectos formales de las lápidas del SO, a veces radicalmente revolucionarios como el desarrollo del hábito epigráfico en el mundo greco-romano.

Dentro de esa inmensa área de escritura fenicio-griega las escrituras paleohispánicas dependen directamente de una tradición más local, la fenicia occidental,¹¹ aunque desde el primer momento estuvieron en contacto con una de las tradiciones griegas, la de los mercaderes y gentes de mar jonios. Es difícil valorar en detalle las relaciones entre los primeros usos de las escrituras paleohispánicas y de las fenicias porque en ambos casos nuestra información es totalmente parcial e inadecuada; en particular la desaparición de soportes perecederos nos priva de ver en qué medida los tartesios, por ejemplo, utilizaron documentos de tipo administrativo y económico similares a los que sin duda se podía encontrar en Cádiz y otras colonias fenicias.

Cuando pasamos a un momento posterior y a una zona más oriental, en la que la lengua escrita es el ibérico, nos encontramos con nuevos problemas y a veces, dentro de la siempre insuficiente documentación, con datos algo más precisos. Que los hablantes de ibérico estuvieron en contacto con el alfabeto jonio lo demuestra sin lugar a dudas la adop-

¹¹ Amadasi Guzzo, M^a. G., 1967: *Le iscrizioni*; 1978: «Remarques»; 1994: «Appunti»; de Hoz, 1986: «Escritura fenicia»; 2002: «Grafitos»; Zamora, J. A., 2004: «Los textos».

ción de ese alfabeto bajo la forma que denominamos escritura greco-ibérica,¹² posiblemente ya en el s. V, pero ese contacto se ha manifestado también en el semisilabario ibérico levantino en al menos dos formas. El soporte más característico de la cultura escrita ibérica es sin duda la lámina de plomo,¹³ utilizada para documentos económicos con indicaciones contables, y sin duda también para cartas; ese tipo de soporte no está atestiguado hasta la fecha en el mundo fenicio, aunque los testimonios más antiguos proceden de Oriente, del mundo neoluvita, pero sin embargo sí está bien atestiguado entre los griegos en muy diversas zonas, y entre ellas en el propio mundo focense occidental, en el sur de Francia y en Ampurias, con características formales idénticas a las de los plomos ibéricos. No es aventurado ver en éstos una imitación del uso griego, de la misma forma que los plomos galos que aparecerán más tarde en el sur de Francia deben inspirarse en ese mismo uso griego, pero tal vez también en el ibérico, ya que uno de los ejemplos procede de Elne, en territorio epigráfico ibérico.

Los plomos ibéricos pueden utilizar tanto la escritura levantina como la meridional como la greco-ibérica; hay sin embargo un rasgo atribuible al contacto con el alfabeto griego que es exclusivo de la escritura levantina; me refiero al ductus de algunos signos que o carecen de antecedentes en la meridional, o se transforman aproximando su forma a la de algunas letras griegas.¹⁴ La forma de la <o> ibérica se explica perfectamente como una evolución de la meridional, pero lo cierto es que esa evolución se ha llevado hasta las últimas consecuencias con el resultado de que el signo generalizado en la escritura levantina coincida plenamente con la *heta* griega; una evolución paralela y más natural ha sido la de <l>, que ha desarrollado un alógrafo que coincide con la forma clásica de *lambda*, lo que a su vez ha obligado a marcar con un diacrítico el signo <ka> heredado. En otros casos la transformación no sólo afecta a la forma del grafema; de los signos que en la escritura meridional representaban una vocal anterior, el más común coincidía en forma con la *omicron* griega, lo que para gentes acostumbradas a usar también el alfabeto jonio debía resultar incómodo; se ha preferido un signo basado en otro meridional de valor inseguro, pero muy próximo a la *epsilon* griega; una de las sibilantes ibéricas se expresaba en escritura meridional con el *samek* fenicio, utilizado en jonio para representar un grupo

¹² de Hoz, 1987: «La escritura».

¹³ Untermann, 1987: «La gramática»; de Hoz, 1999: «Metales».

¹⁴ de Hoz, 1993: «De la escritura», en particular p. 182.

consonántico, y ha sido sustituido por la *sigma*, al parecer sin antecedentes locales,¹⁵ en lo que parece un caso de influencia muy marcada. Por último, los íberos levantinos necesitaban un grafema para un sonido o sonidos con componente nasal y vocálico que no existían en la escritura meridional, y han tomado sin más en préstamo el signo de la *ypsilon* jonia, vocal y a la vez suficientemente extraño, al parecer, como para servir a sus deseos.

No hay que creer sin embargo que la influencia griega actuó inexorablemente y sin cortapisas derivadas de la propia situación interna; signos como <a> o <ke>, muy próximos en la escritura meridional a *alpha* y *kappa*, evolucionaron alejándose de las formas griegas e incluso en el primer caso aproximándose a un signo griego de valor totalmente distinto, *rho*.

No acaban las cuestiones relacionadas con el contacto de escritura con estas interferencias básicamente de época clásica. Las escrituras paleohispánicas no sólo nacen en un ámbito epigráfico característico, sino que siguen participando de él hasta su desaparición y no dejan de transformarse adoptando novedades que surgen en otros puntos del Mediterráneo y se convierten en rasgos comunes a griegos, cartagineses, itálicos y otros pueblos. En ese sentido, es necesario tener en cuenta que en general el uso de la escritura está en manos de los sectores más «internacionales», más en contacto con gentes de otras culturas igualmente en posesión de una escritura, bien sean mercaderes, bien aristócratas unidos por lazos de hospitalidad con sus pares extranjeros, siendo a menudo ambos mundos dos aspectos de una misma realidad, y que los griegos y fenicio-púnicos de la Península nunca rompieron sus conexiones con sus respectivas culturas en otros ámbitos del Mediterráneo, a la vez que la helenización de Cartago hacía que esta ciudad participase en algunas de los rasgos más característicos de la *koiné* helenística. No es extraño, por lo tanto, que algunos de los rasgos que caracterizan a la epigrafía helenística, sobre todo el notable aumento de la relacionada con la producción y distribución de manufacturas, aparezcan en la epigrafía indígena de la Península ya desde el s. III, pero es ésta una cuestión en la que ahora no me detengo porque me ocuparé de ella en un coloquio próximo.¹⁶

¹⁵ Es cierto que podría estar en los signarios como letra muerta, aunque hay que recordar que en el único que poseemos, el de Espanca (MLH IV J.25.1), no ocurre así.

¹⁶ *L'Héllénisation en Méditerranée occidentale au temps des guerres puniques*, Toulouse, 31 de marzo a 2 de abril.

Antes de abandonar la cuestión de los efectos del contacto de escrituras debemos considerar un caso particularmente llamativo, el de la escritura celtibérica que parece haberse desarrollado en la intersección de los usos íberos y romanos. No cabe duda de que la escritura celtibérica, en sus dos variantes, es el resultado del contacto con la escritura ibérica, puesto que en realidad no es sino la misma escritura ibérica ligeramente adaptada, pero los tipos de epígrafe más característicos que encontramos en el mundo celtibérico, la tésera de hospitalidad y el bronce de contenido institucional, jurídico o religioso, son de derivación claramente romana. Sobre la cuestión ya me detuve en el Coloquio de Zaragoza y no insistiré en ella.¹⁷

4. Si los tartesios adquirieron la escritura fenicia fue sin duda porque existió al menos entre algunos de ellos y algunos fenicios una comunicación fluida, sólo posible cuando intervienen individuos bilingües; lo mismo cabe decir de otros préstamos técnicos que van más allá de lo que se puede aprender por simple observación inteligente de objetos importados. Pero además el contacto entre los orientales, griegos o fenicios o de cualquier clase, y los indígenas, tuvo que dar lugar a multitud de situaciones en las que se transmitía una cierta comunicación, por rudimentaria que ésta fuese, y que pudo vehicular préstamos de términos desconocidos para los recién llegados pero necesarios para desenvolverse en el mundo en que traficaban o se asentaban.

En primer lugar los «colonizadores» tuvieron que nombrar los lugares y las gentes, y aunque en ocasiones crearon los nombres ellos mismos, sobre todo en el caso de los topónimos que podían ser meramente descriptivos, en otros casos se recibieron términos indígenas y a veces se produjo una adaptación de etnónimos y topónimos, lo que constituye un ejemplo de influencia fonética y morfológica no profunda.

Obviamente el fenómeno debió producirse en fenicio igual que en griego, pero la pérdida de la literatura y los archivos fenicios y cartagineses nos ha privado de la información necesaria, aunque en fecha tardía podremos rastrear algún indicio de formas fenicias, pero sin seguridad sobre la época de su formación.

En griego, sin embargo, tenemos una serie de términos que proceden sin duda del momento de los primeros contactos. Un ejemplo obvio es el nombre de Tartessos, vestido sin duda a la griega con un sufijo frecuente en topónimos de Grecia y Asia Menor, pero el detalle de cuya explicación dista de estar claro. Creo que se puede llegar a una hipóte-

¹⁷ de Hoz, 1999: «Metales»; vid. también 1996: «The Botorrita».

sis razonable si previamente examinamos un grupo de étnicos característicos del primer horizonte de denominaciones griegas para Hispania. Desde Hecateo están atestiguados una serie de étnicos con un sufijo *-et-*, helenizados como formas de la tercera declinación con nom. pl. *-ητες*:¹⁸ Κύνητες (Hrdt. 4.49 (ac.), Heródoro, Avieno 201, 205, 223 y cf. 566), Ἑσθητες (Hecateo), Γλητες (Heródoro, y cf. Τλητες en Teopompo), Μίσγητες (Hecateo); otros nombres están atestiguados en fecha posterior. Además hay que tener en cuenta que ciertos nombres sólo atestiguados en caso oblicuo podrían pertenecer al tipo *-ηται*, frecuente en griego, y que incluso algunos ejemplos, seguros de éste último tipo, podrían ser adaptaciones a una forma más familiar a oídos helénicos, como probablemente ocurre con Ἰλαραυγᾶται (Hecateo) si, como es verosímil, el nombre está relacionado con *Ilergetes*.

Las formas en *-etes* son en efecto ajenas al sistema de formación de palabras griego, aunque étnicos similares no eran desconocidos en la lengua en referencia a pueblos de la zona norte como los *Magnetes*, y en particular en Iliria: *Docleates*, *Apsortes*, *Flanates*, donde conviven, como en Hispania, con formas más helenizadas como *Labeatae*, *Autariatae*, *Alutae*, *Curictae*, *Delmatae*, *Neditae*, *Riditae*, *Tariotae*.¹⁹

Posiblemente los griegos, ante formas indígenas con un sufijo dental, más próximas al tipo en *-etes*, conocido por ellos pero no productivo en su lengua, que al productivo en *-etai*, adaptaron aquellas formas en general al primer tipo y en ocasiones al segundo. Naturalmente, hubo vacilaciones y adaptaciones alternativas. Junto a *Cynetetes* encontramos *Kynesioi* (Κυνησίοισι Hrdt. 2.33) que se explica por helenización analógica a partir de adjetivos derivados de temas en dental, probablemente del mismo tipo que la que, vía *Tartesioi*, ha contribuido a la formación del topónimo *Tartessos* sobre una base indígena bisilábica, de la que sin duda existió un étnico con sufijo dental que está en la base del latín *Turdetani*.

En general, y aunque hayamos empezado por un fenómeno de interferencia estructural, en la formación de palabras, tenemos mayor posibilidad de detectar influencias léxicas que influencias de otro tipo. Sin embargo, si prescindimos del caso banal de los topónimos, es muy poco lo que podemos decir sobre préstamos de las lenguas indígenas al griego y nada sobre el púnico. Tradicionalmente se ha considerado probable que la palabra griega μόλυβδος, «plomo», con sus variantes μόλιβ-

¹⁸ Faust, M., 1966: *Die antiken*, 37-41 y 127-9, con mapa en p. 142.

¹⁹ Katičić, R., 1976: *Ancient* 1, 176.

δος, μόλιβος y μόλυβος,²⁰ fuese un préstamo del ibérico; las alternancias formales son típicas de un préstamo, el papel de la Península Ibérica en la antigüedad como productora de plomo es bien conocido, y desde una perspectiva vasco-iberista vasco berun, «plomo», proporcionaba aparentemente una fuente directa. En realidad no se explicaba bien la posición de lat. plumbum en esa relación,²¹ y no se tenía en cuenta que el vizcaino beraun es sin duda forma más primitiva,²² lo que complica algo más la semejanza fonética. Pero la cuestión se ha complicado sobre todo desde el desciframiento de la escritura micénica; ahora sabemos que en griego micénico «plomo» se escribía mo-ri-wo-do, lo que sin duda corresponde a *moliwdo con una probable fricativa labial y demuestra que la forma más frecuente en griego es doblemente secundaria. En conjunto, tenemos unas cuantas formas sin duda relacionadas pero sin una explicación fonética clara de su relación; la hipótesis menos improbable es que estemos ante una típica palabra viajera, una categoría en la que los nombres de metales son muy frecuentes, cuyo origen desconocemos y que en una fecha remota ha podido moverse desde el este hacia el oeste con tanta o más probabilidad que en dirección contraria.

En conclusión, no tenemos casos claros de préstamos hispánicos en las lenguas de los colonizadores prerromanos, pero mucho más sorprendente es la ausencia de préstamos detectables del fenicio y del griego en las lenguas paleohispánicas; es obvio que esos préstamos existieron, pero por azar no aparecen en los textos disponibles o no hemos sido capaces de advertirlos.

5. La situación lingüística en la Península Ibérica c. 600 a.C., el momento en que de un lado, ya se ha dejado sentir el contacto con los «colonizadores» en diversos puntos de la costa, y de otro, la información posterior, en particular epigráfica, permite reconstruir aspectos del mapa lingüístico para amplias zonas, implica a la vez continuidad de las circunstancias anteriores para los aspectos más generales del contacto lingüístico, y la aparición de circunstancias nuevas y de procesos detectables, aunque sea indirectamente. Entre esos factores nuevos debieron ser particularmente importantes el desarrollo de la ciudad, la jerarquización de las comunidades, la aparición de mercados más complejos y los santuarios de frontera.

²⁰ Chantraine, P., 1980: *Dictionnaire* II, 710.

²¹ Ernout, A. & Meillet, A., 1985: *Dictionnaire*, 516.

²² Michelena, L., 1977: *Fonética*, 97.

Por otra parte el movimiento de gentes, que desde siempre había sido un factor importante del contacto lingüístico, pudo tomar ahora formas nuevas a la vez que una desigualdad cultural más marcada abría la posibilidad de otras formas de influencia lingüística.

Ambos aspectos son muy visibles en el caso de los tartesios, que aparecen como grupo culturalmente dominante en el sur de la Península, receptor privilegiado de las influencias fenicias y adaptador y transmisor de esas influencias a otros grupos. Así ocurre con el urbanismo y la escritura, dos factores de especial importancia desde nuestro punto de vista. Tal vez habría que añadir aquí un elemento particularmente trascendental, cuya realidad es demostrable en algunas zonas, en parte por su huella lingüística, mientras que en otras hay indicios de él en la documentación arqueológica disponible; me refiero a la colonización tartesia en territorios de su periferia y del SE. He tratado ya en otras ocasiones, y no he sido el primero en hacerlo, de los topónimos del litoral portugués y los antropónimos de Salacia, que tienen su mejor explicación como términos de origen tartésico,²³ introducidos en donde los encontramos por colonos o mercaderes asentados en esas zonas en fecha muy temprana y que, al menos en Salacia, habían conservado una tradición onomástica, si no su lengua propia, a la vez que una posición dominante en la ciudad como demuestra el que esos nombres correspondan a los magistrados de la ciudad.

Posiblemente las condiciones a las que ya me he referido más arriba habían dado lugar a la existencia de léxico generalizado en gran parte de la Península pero, como hemos visto, no es probable que podamos detectar algunos testimonios claros. A partir del apogeo tartésico sí se plantean algunas posibilidades. En particular, hay una cuestión que constituye uno de los elementos tradicionales del estudio de las lenguas paleohispánicas desde Humboldt y que a mi modo de ver exige un replanteamiento.

Humboldt señaló que en la toponimia antigua del sur y levante peninsular se repetía un elemento *ili*, que él interpretó como el nombre vasco para «ciudad», añadiendo la falsa idea de que de las variantes vascas con /r/ y /l/ la primera era la original.²⁴ Posteriormente, tras el desciframiento de la escritura ibérica, se pudo comprobar que el elemento *ilti*, repetido en las inscripciones ibéricas, correspondía a for-

²³ de Hoz, 1989: «El desarrollo», 562; 1995: «Tartésio», 598.

²⁴ von Humboldt, W, 1821: *Prüfung*, § 14; en § 36 repite los datos en su lista de>NNL vascos ordenados de acuerdo con los antiguos pueblos de la Península.

mas latinas en *illi/ili*, y a partir de un conocido mapa de J. Untermann el elemento en cuestión se convirtió en el fósil definitorio de la Hispania no indoeuropea frente a la indoeuropea. Otro momento significativo en la historia de la cuestión fue la interpretación del nombre de Pamplona, *Pompaelo*, como un compuesto híbrido del nombre de Pompeyo y la palabra indígena para ciudad, **Pompe(i)-ilu(n)*, obra también de Untermann.²⁵ En general, la vieja identificación de Humboldt entre las formas antiguas y la palabra vasca se acepta como un hecho seguro.

Hay sin embargo dos problemas fonéticos que exigen consideración. Una forma ibérica *ilti/iltu* no puede equivaler a vasco *ili/ilu* porque una de dos, o la /l/ vasca procede de la reducción de un grupo /lt/ o, y sobre esto vuelvo enseguida, la grafía ibérica <lt> representa una /l/ especial, diferente de la transcrita simplemente con <l>, para la que cabrían diversas interpretaciones pero implicando siempre una mayor fuerza articulatoria en el fonema transcrito con un dígrafo. En ambos casos, como señaló Michelena,²⁶ el resultado dentro del sistema fonológico del vasco antiguo sería una /L/, lateral fuerte opuesta a la lateral débil y que ha evolucionado de forma diferente, porque si ésta ha pasado a /r/ en posición intervocálica en ciertos dialectos, la fuerte se ha conservado como lateral, aunque débil, en todos los contextos y dialectos. Por lo tanto, o vasco *ili* e ibérico *ilti* no son formas emparentadas o hay que reinterpretar la forma ibérica.

El segundo problema es interno al ibérico y a sus relaciones con el latín. Como hemos visto ibérico *ilti* corresponde a latín *illi*, a menudo simplificado en *ili*. Los hechos se han interpretado de dos formas distintas; o bien, y es la postura mayoritaria,²⁷ se piensa que la grafía ibérica refleja un fonema especial, para el que no existía un signo propio, a diferencia de lo que ocurría con la segunda vibrante ibérica, para la que se creó un signo en las escrituras levantina y greco-ibérica transformando el de la vibrante más común, o bien se ve la cuestión como un problema de fonética latina; los hablantes de latín recibieron de los íberos palabras que contenían un grupo lateral-oclusiva dental en un momento de la evolución de la lengua en que esos grupos habían sido eliminados por una ley fonética, todavía en vigor, que los transformaba en laterales

²⁵ Untermann, J., 1961: *Sprachräume*, mapa 2; 1976: «Pompaelo».

²⁶ Michelena, 1979: «La langue», 26 n. 2.

²⁷ Discusión con bibliografía en Correa, J. A., 1994: «La lengua», 274-5, en Quintanilla, A., 1998: *Estudios*, 247-253, y en MLH III.1, § 503.

geminadas, que posteriormente tendían a abreviarse.²⁸ Los defensores del fonema indígena se dividen a su vez en quienes lo consideran primitivo, y piensan en una representación convencional por medio de un dígrafo, y quienes cuentan con una evolución dentro del propio ibérico, por lo que la grafía sería simplemente histórica. Esta segunda opción, al igual que la interpretación latina, es conciliable con lo que más abajo sostengo sobre *ilti*.

Desde un punto de vista fonético ambas interpretaciones son plausibles y deberemos optar por la que se adapte mejor al detalle de la documentación disponible. Un primer dato nos lo proporciona la escritura greco-ibérica que utiliza la grafía *ildun*,²⁹ es decir exactamente la misma que la escritura levantina. Podría ser una simple coincidencia, condicionada de alguna forma por la realización fonética del fonema en cuestión, pero es extraño que los creadores de ambas escrituras, a diferencia de su forma de proceder en otros casos, hayan optado por un dígrafo, y que en el caso del greco-ibérico se trate de una secuencia, que desde el punto de vista griego, resultaba completamente banal (cf. ἀλδαίνω, ἀλδήσκω, ἄλδη, ἔλδομαι, ἔλδωρ, etc.). Habría que pensar que el dígrafo había sido creado en la escritura levantina y transferido luego al alfabeto greco-ibérico, lo que no es imposible pero carece de cualquier apoyo en lo que sabemos de ambas escrituras. Por otro lado tenemos al menos un testimonio de que los romanos oyeron la forma ibérica como /ildi/ aunque no fueran capaces de conservar esa pronunciación, o que íberos que utilizaban el alfabeto latino la interpretaban así, puesto que las monedas de Ilturgi presentan una leyenda ILDITVRGENSE.³⁰ Un argumento aparentemente contrario lo tenemos en los testimonios tempranos en lengua griega de formas iniciadas por /il+V/, como Ἰλαραυγάται (Hecateo) y posiblemente Ἰλιβύργη (Hecateo), que parecerían demostrar que los griegos oían ibérico <ilt-> como /i/ seguida por una forma de /l/ y no por un grupo consonántico, aunque luego veremos cómo se puede explicar esto.

Pero el argumento decisivo a mi modo de ver es el del vasco. Si no negamos la relación entre las formas ibéricas y vascas, lo que parece antieconómico y contrario a la lógica histórica, ya que la urbanización en el territorio vasco es muy tardía y penetra básicamente por el valle

²⁸ Mariner, S., 1962: «Datos», 264; 1972: «Adaptaciones», 284-5; 1979: «La distribución», 75.

²⁹ MLH G.1.1.B, 4-5.

³⁰ DCyP 2, 184-5 (3ª. emisión); CNH 360.5 (leyenda en dos líneas, en la segunda la escritura es retrógrada: ESNEG).

del Ebro, lo que hace natural que el término para ciudad sea un término de cultura, una palabra viajera llegada desde zonas donde la urbanización fue muy anterior, tenemos que aceptar que vasco *ili* es un préstamo no de ibérico *ilti* sino de otra forma que contenía *il-* pero no seguida de oclusiva, es decir que ibérico *ilti* es un término compuesto.

Los casos seguros de equivalencia ibér. *ilti*, lat. *il(l)i* son algunos NNP compuestos con ese formante ibérico,³¹ y los siguientes topónimos: *Iliturgi* a juzgar por ILDITVRGI, *Iluro* por la leyenda monetar *ilturo* (A.11, Mataró), *Ilerda* por la leyenda *iltírta* (A.18, Lérida),³² un posible NL **Iltirge* deducible de *Ilergetes* y de la leyenda *iltírkesken* (A.19), y un probable *Ilugo* deducible de *iltukoite* (A.20)³³ (cf. *Iulugum* (*Illugum* ?) (Rav. 4.43),³⁴ *Ilugo(nenses)* (CIL 3239, que sería sólo coincidencia formal ya que procede de Santisteban del Puerto J), *IlJucenses* ? (BA)³⁵). Además tenemos una leyenda monetar andaluza (A.98) de lectura difícil (*iltíraka* en MLH), posiblemente *iltitirka* ya que la supuesta <r> no existe en la escritura meridional utilizada en la leyenda, y en ese contexto también es preferible para el cuarto signo la lectura <r>,³⁶ y la problemática leyenda de *Iliberris*/Granada (A.99)³⁷ que normalmente se lee como si se tratase de una inscripción en escritura levantina, pero lo cierto es que el punto más próximo de esa epigrafía se halla en Gilico, a unos 200 km en línea recta hacia el este. Una lectura levantina implicaría *iltu-* (improbablemente *ilu-*), coincidiendo con una lectura meridio-

³¹ MLH III.1, § 7.61.

³² Cf. D.8.1(B): **abilakus(+)**istír(+)**lakea(+)**bańsako+[/ **alauniltírte**.

³³ La interpretación de Villar en Villar, F., Díaz, M^a. A., Medrano, M. M^a., & Jordán, C., 2002: *El IV Bronce*, 138-9, me parece muy dudosa, pero en todo caso implicaría una forma *il*, autónoma, tal como creo que existió.

³⁴ Beltrán, P., 1945: «La cronología», 175, seguido por Martín Valls, R.: 1966: *La circulación*, 48 (246).

³⁵ A pesar de que Criniti, N.: 1970: *L'epigrafe*, 22 y 196, lee *Jlicenses*, la excelente fotografía que él mismo publica me confirma que de entre las diferentes lecturas propuestas la de Gatti en la *editio princeps* es la más probable. La atractiva restitución *Ilucenses* fue propuesta por Beltrán, A., 11, pero hay que tener en cuenta que lo único realmente seguro es *-censes*, y que de *Ilugo* se esperaría **Iluconenses* aunque **Ilucenses* no es imposible.

³⁶ Una alternativa posible es *iltikirka*. Con la lectura adoptada en el cuerpo del texto cabe la posibilidad de que se trate de *Iliturgi* en grafía indígena (**Iliturga*) ya que no sabemos qué variaciones gramaticales podía sufrir la palabra indígena, qué forma era preferida para las leyendas monetar y cómo se adaptó el topónimo a un tema, y por lo tanto en el caso de *Iliturgi*, a un nom. sng. latino.

³⁷ DCyP 2, 177-9.

nal (improbablemente *ilbi-*), pero el resto de la leyenda da posibilidades completamente distintas y ninguna conciliable con *Iliberri(s)*.

El número de topónimos en que con seguridad existió una versión ibérica en *ilti* no es muy alto y se concentra en el NE con uno o dos ejemplos en la alta Andalucía; se trata siempre de territorios en los que la lengua escrita es el ibérico, pero sin embargo hay un número muy alto de topónimos transcritos al latín con *ili-* en territorio no ibérico para los que no tenemos información sobre el modo en que eran escritos en escritura indígena. Dentro del conjunto de topónimos característicos de la baja y media Andalucía, que pueden considerarse verosímilmente tartesios, como los en *ipo* o en *urgi*, existe también un grupo de formas en *ili* que se dejan relacionar con los anteriores no sólo por su distribución geográfica sino por formas compuestas como *Ilipula* o *Iliturgi*. El mapa del conjunto de las formas en *ili* ya citado incluye un grupo al oeste de Obulco en territorio de lengua no ibérica, y donde la onomástica personal no conoce formas en *ili* que aparecen sólo en topónimos, aunque en la propia Obulco, próxima a Cástulo y probablemente en relación de mutuas influencias con ella, aparece algún nombre de magistrado con ese formante; el grupo de topónimos en el entorno de Granada, territorio cuya adscripción lingüística es muy dudosa; la zonas oretana y del SE, ibéricas de escritura originalmente meridional, de las que posiblemente son extensión algunos topónimos de la Meseta meridional; el territorio edetano, con abundantes NNP pero sin>NNL que contengan nuestro formante; la costa entre el Mijares y el Hérault, territorio de ilercavones, cesetanos, layetanos, indicetes, sordones y los descendientes de los antiguos elísicos, cuya expresión escrita es ibérica, aunque tendremos que volver sobre el problema de su lengua o lenguas indígenas; una penetración por el valle del Ebro que en principio uno se siente tentado de poner en relación con la iberización visible en el mismo territorio, y finalmente, sin una frontera claramente delimitable con este último grupo, en particular en el caso de *Ilurcis*, algunos topónimos que podrían ya pertenecer a la toponimia eusquérica antigua, como sin duda ocurre en el caso de **Pompei-ilun-*, la «ciudad de Pompeyo» que en la tradición local sería luego simplemente *iruñea*, «la ciudad».

De lo que llevamos dicho se deduce que todo este material está posiblemente relacionado, que *ilti* sería una forma derivada a partir de *il(i)*, que el significado de esa base era «ciudad» o similar, lo que implica que en los NNP *ilti* debe tener un significado derivado pero apropiado a su función tal como $\delta\eta\mu\omicron\varsigma$ se ha adaptado a la onomástica personal griega, y finalmente que estamos ante un término de cultura originado en una lengua pero extendido como préstamo directo o indirecto a otras. En principio el candidato más lógico para ser el origen del término, a la

vista de la distribución de los topónimos, es el tartesio, pero el ibérico de la zona alto-andaluza o del SE no puede ser excluido sin más y cuenta con el apoyo de los NNP que faltan en la Andalucía tartesia. La combinación *il-ti* debe ser puramente ibérica, pero mientras no tengamos un testimonio en escritura indígena en pleno territorio de tradición tartesia, por ej. el nombre de *Ilipa*/Alcalá del Río, no tendremos seguridad.

Hay sin embargo todavía otros problemas. No todos los testimonios apoyan el significado «ciudad». Hecateo no sólo menciona Ἰλαραυγάται, sino también el río Ἰλαραυγάτης. El río que corre junto a Ἰλίβερις/Elne, el actual Tech, llevaba según Estrabón (4.1.6) y Polibio (34.10.1, Ἰλλέβριν) el mismo nombre que la ciudad, mientras Tolomeo, que menciona a la ciudad como Ἰλλιβερίς (2.10.6), llama al río Illeris (2.10.2, Ἰλλέριος gen.);³⁸ Mela (2.5.84) y Plinio (3.32) mencionan sólo la ciudad. Finalmente una noticia aislada de Vibius Sequester, un lexicógrafo tardío y poco fiable, implica que Ilerda era también nombre de río (GLM 149.13).³⁹ Es frecuente que una ciudad reciba el nombre del río a cuyas orillas se ha desarrollado, pero no lo es el caso contrario. En este sentido es particularmente significativo el caso de Illiberris/Elne, uno de los argumentos favoritos del vasco-iberismo, cuyo nombre antiguo sería sin más «ciudad nueva», algo que como nombre de río resulta grotesco.⁴⁰ Esto tiene todavía más implicaciones, porque si la interpretación vasca no sirve para Elne tampoco servirá en el caso de Iliberris/Florentia/Granada.

En conclusión, no sabemos si realmente todas las formas iniciadas con un formante *ilti-* en escritura ibérica, *ili-* en alfabeto latino, formaban parte de un único grupo. Podemos dar casi por seguro que en un espacio muy amplio, que abarcaba desde la baja Andalucía hasta el territorio vascón, una raíz cuyo componente mínimo era la sílaba *il* tenía un significado relacionado con «ciudad» y se utilizó en la formación de topónimos; podemos suponer que el elemento *ilti*, bien definido en la onomástica personal ibérica, estaba formado sobre esa raíz; nos queda la duda de si no habrá alguna otra forma similar, de sentido y origen diferente, que aparezca mezclada con esa raíz en nuestros listados y mapas; en particular es posible que exista una raíz similar con un sentido adecuado para la formación de hidrónimos. Pero lo que en este contexto nos interesa es que la extensión del urbanismo en Hispania ha ido

³⁸ de Hoz, e.p.: «Ptolemy».

³⁹ Se podría añadir, si *Bilbilis* tuviese algo que ver con la base *il-*, que Justino (44.3.8) menciona un río celtibérico, *Birbilis*, que debiera ser el Jalón.

⁴⁰ Otras referencias a hidrónimos con base *il-* en Villar, F., 2000: *Indoeuropeos*, 196.

acompañada de la extensión interlingüística de un término para designar la ciudad cuyo origen no podemos precisar con seguridad pero muy probablemente es tartesio. Sin duda el dominio cultural ejercido por la cultura tartesia tuvo que manifestarse en un cierto número de préstamos, pero por el momento no podemos precisar ningún otro caso tan probable.

6. El papel interlingüístico del ibérico se manifiesta de forma diferente, aunque sin duda la superior cultura de los íberos comparados con muchos de sus vecinos debió dar lugar también a préstamos sobre los que carecemos de información. Pero si estoy en lo cierto en la hipótesis del ibérico como lengua vehicular que vengo defendiendo desde hace algunos años, estaríamos ante un interesante caso de fenómeno de contacto lingüístico con buenos paralelos en otros lugares y épocas, el de una lengua que por su papel privilegiado en un comercio interregional se convierte en el instrumento de comunicación de gentes de lengua diversa pero que participan de ese comercio en un área económica amplia.⁴¹ Un aspecto peculiar del caso ibérico sería el que, al tratarse de la única lengua indígena escrita, su papel iría más allá de la comunicación interétnica y hablantes de otras lenguas lo usarían, como es seguro en el caso del galo que veremos más adelante, para la expresión escrita incluso en su propio ambiente.

La cuestión expresada en los términos más simples es la siguiente. Estamos seguros de que en una zona que incluía Alicante y el sur de Valencia, donde se crearon dos variantes de escritura para escribir ibérico, se hablaba esa lengua, pero nada indica que el substrato étnico más septentrional fuese el mismo ni que se hubiese producido un desplazamiento de gentes hacia el norte que pudiese haber impuesto allí una nueva lengua. En Languedoc tenemos, como veremos, testimonios seguros de que el ibérico era utilizado por hablantes de otras lenguas y hay indicios de que algo similar podía ocurrir en puntos de Cataluña. La presencia ibérica en Languedoc se explica porque la región está dentro de la órbita económica de Ampurias, y la iberización de la cultura material se ha desarrollado como resultado del comercio.⁴² La iberización de

⁴¹ de Hoz, 1993: «La lengua»; 1994: «Griegos». Varias de las comunicaciones presentadas a este coloquio, así como las discusiones a que dieron lugar, demostraron que la teoría del ibérico como lengua vehicular cuenta con amplia aceptación y amplia crítica, pero los argumentos presentados en su contra no me parecen suficientes para negarle el carácter de hipótesis de trabajo más económica y verosímil.

⁴² Gailledrat, E., 1997: *Les Ibères*, 275 y passim, aunque subrayando las tradiciones locales.

Castellón y Cataluña ha seguido pautas similares a las que encontramos en Languedoc y es verosímil que ambas zonas hayan experimentado procesos paralelos. La implicación directa y muy activa de los íberos en el comercio está sobradamente atestiguada por la epigrafía, y no sería lógico aceptar unas relaciones comerciales muy fuertes, capaces de generar el proceso de iberización mencionado, pero excluir de sus agentes a los propios íberos del SE. Si admitimos su implicación intensiva en ese movimiento podemos contar no sólo con la presencia frecuente de mercaderes en distintos puntos de la costa, con relaciones estables con los grupos indígenas privilegiados, sino también con pequeñas colonias de metecos implicados en los tráficos cuya presencia lingüística sería mucho más visible que la de los indígenas desde el momento que eran los introductores de la escritura y posiblemente, incluso en fecha avanzada, la mayor parte de sus usuarios.

No es sorprendente, por otro lado, que los no íberos que habían llegado a adquirir el uso de la escritura y a utilizar el ibérico como lengua vehicular hubiesen adoptado en muchos casos NNP ibéricos. El uso de NNP tomados de otra cultura no es un fenómeno raro, especialmente entre las clases superiores, en situaciones de fuerte influencia tal como ocurre con los armenios, de los que todos los que nos son conocidos durante siglos, normalmente príncipes y aristócratas, llevan nombres iranos.⁴³ Existe además otro fenómeno posible, el de la dualidad de nombres que se utilizan según contextos, tal como hacían los metecos fenicios en Grecia que utilizaban un nombre griego en las inscripciones griegas y otro fenicio, el auténtico, con el que el griego suele estar relacionado semánticamente, en los documentos fenicios.

Aún así encontramos a veces en la epigrafía ibérica del NE nombres totalmente ajenos al bien conocido sistema ibérico, que posiblemente implican la aparición en textos ibéricos, incluso inscripciones de propietario, de individuos cuya lengua no era el ibérico. Detectar estos nombres, sin duda minoritarios, no es fácil, ya que desconocemos el sistema en que se integran y dependemos del argumento negativo de su incompatibilidad o al menos total falta de coincidencias con el sistema ibérico; por otro lado hay mucho material o bien fragmentario, o bien formado por nombres abreviados, cuya atribución es imposible, que puede ocultar antropónimos del tipo que nos interesa. Se puede establecer sin

⁴³ Esto responde a objeciones como las de Untermann: 2003: «Los vecinos», 15, sobre los NNP. En cuanto a los NNL, realmente no sabemos nada de los topónimos propiamente ibéricos, es decir formados a partir de esa lengua.

embargo una lista de formas posibles, que ya inició Untermann en los casos particularmente ricos de Ullastret y Azaila. Los ejemplos que he añadido no incluyen una serie de casos en que un nombre no puede ser interpretado directamente como ibérico pero contiene al menos un posible elemento ibérico en su formación, por ej. **tar̄tinkeles**,⁴⁴ de aspecto ibérico pero sin paralelos adecuados.

Posibles NNP no ibéricos, sin incluir el sur de Francia, Ullastret y Azaila, y tomando en consideración sólo el territorio al norte del Mijares, son los siguientes:⁴⁵ **ki+rtun** (C.7.4), **lise+kaese** (C.7.7), **lūrtia** (C.7.13),⁴⁶ **bantor̄** (C.7.16),⁴⁷ **tikaio+** (C.8.1), **uatin̄ma** (C.9.3),⁴⁸ **kar̄ain** (C.18.3, cf. B.1.56-7), **enubili** (C.18.8), **letaon** (C.18.09), **sās/er̄abar** (C.18.-),⁴⁹ **artokoto**[(C.19.3), **taltiu** (C.20.1), **llkoti** (C.29.2),⁵⁰ **katon** (C.30.1),⁵¹ **alauke** (C.34.5 b),⁵² **lūrtia** (cf. supra),⁵³ **kato**,⁵⁴ **Janako** (D.4.2), **luka** o **lua** (D.5.2), **Bltilbalalkanketia** (D.9.2), **neitinke** y **subake** (D.15.1 Guissona),⁵⁵ **kalun** (E.10.1), **kakiba** o **l kiba** (E.12.1(A)), **kiba** o **baki** (E.12.5, cf. C.6.10, C.26.3), **sesin** o **sesine** (K.1.6),⁵⁶ **Ybala** (F.23.1).

⁴⁴ Cercanías de Lloret de Mar: Vilà, 1996: «Àmfora».

⁴⁵ Algunas referencias corresponden a la numeración del suplemento a MLH en preparación; agradezco cordialmente a J. Untermann esas informaciones. En estos casos se da en n. las referencias bibliográficas.

⁴⁶ Panosa, M^a. I., 1993: «Nuevas», 6.1; 1999: *La escritura*, 18b.2.

⁴⁷ Panosa, M^a. I., 1993: «Nuevas», 8.2; 1999: *La escritura*, 18d.2, y pp. 311-4 de García i Roselló, J.: 1993: *Turó*.

⁴⁸ Panosa, M^a. I., 1993: «Nuevas», 13.1; 1999: *La escritura*, 23c.1.

⁴⁹ Panosa, 1999: *La escritura*, 45.11.

⁵⁰ Panosa, M^a. I., 1993: «Nuevas», 4.2; 1999: *La escritura*, 14.2.

⁵¹ Panosa, M^a. I., 1993: «Nuevas», 9.1; 1999: *La escritura*, 19.1.

⁵² Panosa, M^a. I., 1993: «Nuevas», 22.7; 1999: *La escritura*, 57.7. Cf. galo Alaucos citado por Panosa.

⁵³ Panosa, 1999: *La escritura*, 7.2.

⁵⁴ Panosa, 1999: *La escritura*, 12.1.

⁵⁵ Guitart J. & Pera J., 1994: «Noticia»; Guitart, J., Pera, J., Mayer, M. & Velaza, J., 1995: «Noticia»; Velaza, J., 2001: «Chronica»; 3.2; Panosa: 1999: *La escritura*, 56. **neitinke subake e** = «Neitinkos, eban de Subakos»; S. no es ibérico; N. podría tener formación no ibérica a partir de ib. *neitin*, luego iberizada para escribir ibérico (No hay testimonios de Subacus en Abascal, J. M.: 1994: *Los nombres*, ni en Mócsy, A., Feldmann, R., Marton, E. & Szilágyi, M., 1983: *Nomenclator*, ni Evans, D. E., 1967: *Gaulish*).

⁵⁶ **sesinenYi** = «Yi de Sesinos»? (No hay testimonios de Sesinus en Abascal, J. M.: 1994: *Los nombres*, ni Evans, D. E., 1967: *Gaulish*).

Testimonios más sólidos del uso de la lengua ibérica por hablantes de otras lenguas los encontraremos en el caso del galo y el celtibérico, pero conviene mencionar todavía aquí una inscripción de Tivissa grabada en un recipiente de plata (C.21.1), cuyo texto es: **:boutintibaś:sani:kiśto:urketikeś:**⁵⁷

De este texto se ha dado una interpretación no ibérica que aunque muy hipotética merece ser recordada.⁵⁸

7. La presencia de celtas en Hispania se puede considerar, en términos de prehistoria general, como un fenómeno relativamente reciente, que inevitablemente ha dado lugar a contactos con las lenguas de las gentes previamente asentadas en las zonas a las que llegaron.

El fenómeno es particularmente claro en lo que se refiere a galo e ibérico; cuando los galos, en fecha que no se puede determinar con seguridad pero que en todo caso remonta al s. IV., se asientan en Languedoc, encuentran allí a una población o poblaciones de lengua desconocida, pero que, como veremos, podemos considerar relacionada con el confuso mundo ligur, y a los íberos que son protagonistas de la vida económica de la zona y cuya lengua es la única que se escribe. La hipótesis arriba presentada sobre el carácter vehicular de la lengua ibérica en el NE de Hispania es mucho más tangible en Languedoc, gracias a la pertenencia de los NNP galos a otro sistema bien conocido, lo que nos permite identificar con seguridad a algunos galos entre los individuos que aparecen mencionados en las inscripciones ibéricas de la zona. En realidad son tres los tipos de antropónimos visibles, los ibéricos propiamente dichos, los galos y un estrato difícil de delimitar que he llamado «liguroide» a falta de una auténtica determinación y dadas algunas coincidencias con antropónimos de la Liguria que ya señaló Untermann, a la vez que sistematizaba los tres estratos en cuestión.⁵⁹ Entiendo que los nombres «liguroides» corresponden a los indígenas de la zona, que desde el s. V, al menos el ibérico introducido por mercaderes de esa lengua que se movían en los circuitos ampuritanos, empezó a ser utilizado como lengua vehicular, y que los galos, cuya fecha de entrada en la zona no es segura pero que sin duda remonta al menos al s. IV, establecieron contactos lingüísticos con los previos ocupantes y sobre todo aceptaron la lengua ibérica como lengua escrita, ya que a diferencia de lo que ocu-

⁵⁷ La última palabra ha sido leída también como *urketibaś* pero la supuesta <ba> difiere netamente de la que vemos en la primera, que es segura.

⁵⁸ Michelena, L., 1952: «¿Un aoristo?»

⁵⁹ Untermann, 1969: «Lengua», y vid. también trabajos posteriores: 1973: «Le nom»; 1992 (= 1993): «Quelle»; 2003: «Los vecinos», y sobre todo MLH II.

re al este del Hérault, no hay una epigrafía languedociense en lengua gala, sino epígrafes ibéricos inscritos por galos. No insistiré en el tema ya que hay una reciente compilación del material antropónimo, obra de Correa,⁶⁰ y yo mismo en dos trabajos recientes he recogido los indicios toponímicos de pluralidad y contacto de lenguas en la zona.⁶¹

Pero no sólo encontramos nombres galos en Languedoc; las intensas relaciones que existían entre esa zona y Cataluña han dado lugar a que también aquí encontremos algunos galos mencionados en la epigrafía ibérica, que desde luego eran capaces de utilizar esta lengua y posiblemente de escribirla. Un caso ya bastante conocido es el de *Catulatios*, el galo mencionado en un plomo de Ampurias bajo la forma **katulatien**, es decir el NP galo adaptado al ibérico como *katulatie* y seguido del morfema ibérico *-en* cuya *e* se funde, al menos gráficamente, con la final de *katulatie*. Un hallazgo más reciente nos da un nuevo testimonio de NP galo; en Calafell ha aparecido un pondus,⁶² sin duda utilizado secundariamente para una pequeña anotación o mensaje, en el que se lee **akirukeérte:ius-tir:bašbé / akirórtin / ultlatie**, es decir una breve frase que contiene el NP *akir-ukeér*, seguida de dos NNP más, *akir-órtin* y *ulti-latios*. Es cierto que *ulti* pertenece al repertorio de los formantes ibéricos de NNP, pero ya María Lourdes Albertos hace muchos años planteó la hipótesis de que se tratase de un préstamo IE;⁶³ préstamo o mera coincidencia, lo cierto es que el elemento *ulti-* y su variante original *volti-* juegan un papel en la onomástica gala,⁶⁴ y que la interpretación más económica de un compuesto con un elemento que, aunque puede ser ibérico, puede ser también galo y otro que sólo está atestiguado como galo, es sin duda que estamos ante un NP galo. A *Catulatios*, el «héroe del combate», viene a unirse *Utilatios*, el «héroe melenudo». No en vano los galos procedían de la *Galia Comata*, la Galia «melenuda»,⁶⁵ y los aqueos de Homero, fieles a una vieja tradición guerrera IE eran «aqueos de melenudas cabezas».

⁶⁰ Correa, J. A., 1993: «Antropónimos».

⁶¹ de Hoz, e.p.: «Ptolemy», y «Celtic and other languages in ancient western Languedoc», presentado a la conferencia *Linguistic Frontiers of the Ancient Celts*, en la Ludwig-Maximilians-Universität München, en Julio de 2004.

⁶² Velaza, J., 2002: «*Chronica*», 413-4; en 2003: «La epigrafía», 181, Velaza considera a *ultlatie* ibérico a causa del elemento *ulti*, y también a *katulatie* por su semejanza con *ultlatie*.

⁶³ Albertos, M^a. L., 1966: *La onomástica*, 253-4 sobre *ulti*, y 268-71 en general sobre la presencia de elementos IE en la onomástica ibérica.

⁶⁴ Delamarre, X., 2003²: *Dictionnaire*, 327-8, for **wolto-* / **wolti-* / **ulti-*.

⁶⁵ Es cierto que la expresión ha podido significar metafóricamente «Galia boscosa», pero ya en la antigüedad se interpretó en relación con el tocado de los galos.

He mencionado la hipótesis de Albertos, según la cual una serie de formantes onomásticos ibéricos serían en realidad formas IE tomadas en préstamo. El tema no ha sido estudiado después con más profundidad y no estoy muy seguro de que Albertos estuviese en lo cierto porque veo problemas cronológicos y geográficos, previos al análisis propiamente lingüístico, pero tampoco desecharía la idea sin más; me limito a posponer un juicio. Donde no cabe duda sin embargo de la existencia de formas onomásticas híbridas es en el área eusquérica, donde Joaquín Gorrochategui las ha estudiado en detalle;⁶⁶ el área de contacto es aquí sin embargo exterior a Hispania, y aunque afecta a un espacio lingüístico, el de los antiguos dialectos de la lengua que aparecerá después en la historia como vasco, a caballo de Francia y España, sólo lo hace en su borde septentrional, por lo que no insistiré más en ello.

Muy relacionado con esa cuestión está el problema de los préstamos celtas en vasco,⁶⁷ que en este caso pueden tener su origen también en la frontera meridional del paleo-eusquera, en contacto con celtíberos y berones, pero más que insistir en esos préstamos quisiera llamar la atención sobre el carácter que pudo tener esa frontera. Es sabido que, a diferencia de lo que ocurre en Aquitania, en el territorio vascón la onomástica antigua que podemos considerar eusquérica no es excesivamente abundante, a pesar de cierto incremento en los últimos años, pero sí encontramos un volumen considerable de NNP claramente IE, a menudo con paralelos precisos en territorio celtibérico, y un cierto número de NNP ibéricos. La información es de fecha relativamente tardía y los primeros testimonios que tenemos de nombres celtibéricos en territorio vascón están curiosamente en lengua ibérica. Es el caso de la importante inscripción musivaria de Andelos,⁶⁸ de sentido todavía no plenamente aclarado y que se fecha a caballo de los siglos II y I a.C.; está sin duda en lengua ibérica y menciona a dos celtíberos de los que al menos uno es responsable de la realización del mosaico o, más probablemente a mi modo de ver, de todo el edificio en que éste se integraba. En seguida volveré sobre la cuestión de los contactos entre ibérico y celtibérico; por el momento señalo tan sólo que casos como el de Andelos demuestran que en territorio vascón podía haber celtíberos que simplemente hubiesen sido atraídos a la zona porque sus habilidades técnicas, o sus actividades mercantiles, les abrían las puertas en las

⁶⁶ Gorrochategui, J., 1984: *Estudio*, 358-9 y s. vv. de los nombres allí citados.

⁶⁷ Gorrochategui, 1987: «Vasco-Celtica», con la bibliografía anterior.

⁶⁸ MLH IV, K.28.1, con la bibliografía anterior. Por mi parte he vuelto sobre esa inscripción en 2001: «Hacia», 354-7.

comunidades locales menos avanzadas que las celtíberas del Ebro medio. En buena medida ésta puede ser también la explicación de los NNP ibéricos de la zona, aunque por su cronología corresponderían a descendientes de íberos desplazados, y sin duda también hay que contar con préstamos onomásticos.

Pero el volumen de NNP IE en territorio vascón es de tal calibre que creo que sin duda hay que contar con un proceso más profundo, o amplio asentamiento de celtas en las tierras bajas, que se mestizaron con la población previa hasta el punto de que se conservó la identidad étnica de los vascones como tales, pero se generalizó el uso de la onomástica céltica y tal vez de la lengua en los estamentos que dejan huella epigráfica, o intensa aculturación céltica de la aristocracia vascona por contacto con la de sus vecinos meridionales, o ambas cosas.

Hemos mencionado a celtíberos utilizando la lengua ibérica en Andelos; el caso no es único, hay que añadir el mosaico de Caminreal,⁶⁹ en pleno territorio celtibérico esta vez. En ambos casos se trata de una epigrafía propia del ámbito de profesionales con una técnica especializada y poco extendida, y probablemente ha sido sólo en contextos de ese tipo donde los celtíberos han optado por utilizar la lengua vehicular que, junto con la escritura, les había llegado Ebro arriba junto con las legiones romanas, y en circunstancias menos claras en un avance SE-NO, posiblemente por los valles del Júcar y el Turia.⁷⁰ Pero significativamente, como ya hemos visto, los celtíberos optaron por dar forma escrita a su lengua a la vez que adoptaban la escritura ibérica y usos epigráficos romanos, más adecuados a sus propios intereses culturales en los que parece haber dominado el peso de las relaciones institucionales. Naturalmente ese rechazo a la lengua ibérica, que por lo demás responde a un comportamiento ampliamente atestiguado en las más diversas culturas del mundo antiguo, no implica que no se diese un contacto intenso entre celtibérico e ibérico;⁷¹ al testimonio clamoroso de la escritura hay que añadir los casos señalados de celtíberos que utilizan la lengua ibérica, por escasos que sean, la presencia en Contrebia Belaisca de

⁶⁹ MLH IV, K.5.3 y MLH III.2, E.7.1.

⁷⁰ Ahora lo digo con menos dudas que en 1986: «La epigrafía», 51, aunque sin ver claro aún el problema. Sobre ello vid. Rodríguez Ramos, J., 1997: «Sobre el origen».

⁷¹ Habría que tomar en consideración los fenómenos de contacto entre íberos y celtíberos de un lado y los hablantes de lenguas indígenas del valle del Ebro de otro, de los que prácticamente no tenemos testimonio. Si acaso podemos mencionar la pervivencia de topónimos como *Bilbilis* en algunas de las ciudades celtíberas más significadas.

numerosas personas con nombre ibérico, como nos revela el tercer bronce celtibérico allí aparecido,⁷² y las posibles incoherencias de la ortografía celtibérica para adaptarse a los nombres ibéricos.⁷³ Casos más concretos de préstamo, que sin duda se dieron, no se detectan por el momento, aunque espero volver en breve sobre al menos un posible caso.

8. Hay todavía otros casos de contacto de lenguas que podríamos comentar, como los posibles indicios del substrato preindoeuropeo en las lenguas IE del occidente, o la cuestión de los libiofenicios, pero la falta de espacio obliga a pasar ya al último capítulo del contacto de lenguas en la Hispania antigua, que es obviamente el del latín en contacto con las lenguas paleohispánicas, cuyo episodio final implica la mudanza de lengua por parte de los hablantes de lenguas paleohispánicas, o dicho de otro modo la muerte de esas lenguas con la excepción del vasco. El proceso no es apenas visible, y debió durar mucho más de lo que los indicios permiten deducir, pero antes de que se acelerase, al parecer a partir de época de Augusto, tenemos una serie de testimonios de la convivencia del latín con las lenguas locales.

En Andalucía existen, junto a las inscripciones en escritura meridional, que son en buena parte de época ya romana, algunas inscripciones en escritura latina pero en lengua indígena, además de aquéllas que aun estando en latín contienen elementos lingüísticos no latinos.

Al horizonte de hallazgos de vajilla de plata con inscripciones en escritura meridional, aunque según Raddatz en su momento más tardío,⁷⁴ pertenece un cuenco de Santisteban-Perotito con una inscripción de difícil lectura (H.3.4), posiblemente TERCINOI EGVAN OASALI, que desde luego no está en latín. Dado el lugar de hallazgo, y la presencia en otras piezas del mismo tesoro de escritura local, lo lógico es ver en esta inscripción un testimonio de la misma lengua que encontramos en otros textos próximos como los de Santisteban-La Alameda o Santiago de la Espada, si bien es cierto que se ha propuesto, a mi modo de ver no convincentemente, que se trata de una inscripción en una lengua indoeuropea;⁷⁵ en realidad el análisis interno apunta más hacia el ibérico.⁷⁶

⁷² K.1.3; Beltrán, F., de Hoz, J. & Untermann, J., 1996: *El tercer*.

⁷³ Beltrán, F., de Hoz, J. & Untermann, J., 1996: *El tercer*, 162-3, 189-90.

⁷⁴ Raddatz, K., 1969: *Die Schatzfunde*, 47 y 53 (Santisteban I).

⁷⁵ Tovar, 1955: «Notas», 579-80.

⁷⁶ Untermann, MLH III 2, ad loc; de Hoz, 1994: «Notas».

De Cástulo procede una difícil inscripción sobre un sillar, sin duda de época republicana, cuya función primitiva se desconoce (H.6.1). Creo que sería necesario un nuevo estudio de esta pieza que contiene, al parecer varios NNP y por lo menos una forma del léxico común, quizá un verbo, SIEROVCIVT. Los NNP van desde una forma plenamente romanizada, M. FOLVI. GAROS, que sólo conserva restos de indigenismo en el cognomen, hasta una secuencia en realidad no interpretada, MARC. LA. L. VNININIT, cuyo último elemento que precede inmediatamente a SIEROVCIVT podría en realidad ser también una forma del léxico común concertada con ésta, pasando por lo que parece ser un NP indígena pero que ha adoptado el estilo latino de los tria nomina, A. VNINAVNIN. VEBAG. Provisionalmente podemos aceptar el carácter ibérico de VNI-NAVNIN,⁷⁷ pero sin olvidar que la inscripción es totalmente oscura y que incluso la segmentación en supuestos NNP no pasa de ser una hipótesis.⁷⁸

En el mismo sillar por su otra cara se grabó en fecha posterior una enigmática inscripción (CIL II 3294), que no contiene sino el NP plenamente romanizado de un liberto y la palabra CASTLOSAIC. Se ha querido ver aquí la forma indígena del nombre de la ciudad seguido de algún sufijo,⁷⁹ lo que sería significativo sobre todo desde el punto de vista de la escritura, puesto que indicaría que el grafema <ti> podría representar el simple fonema /t/, ya que la leyenda monetaria indígena es **kaštilo**, pero se trata de un testimonio por ahora demasiado aislado.

En cuanto a la presencia de elementos lingüísticos indígenas en la epigrafía latina, y muy secundariamente en las fuentes literarias, esencialmente se trata de NNP, pero conviene precisar algunos puntos. La epigrafía latina conservada pertenece con contadas excepciones al periodo imperial; como hemos visto por las inscripciones meridionales, en época republicana se conservaba en Andalucía con cierta vitalidad la lengua o lenguas indígenas, por lo que sería de esperar que si tuviésemos más epígrafes latinos de esa época se manifestase en ellos una presencia mucho mayor de elementos indígenas de la que se da en la epigrafía imperial. Hay afortunadamente una categoría de documentos que a pesar de su dificultad nos permite comprobar esta idea; se trata de ciertas leyendas monetarias en escritura latina que no sólo nos propor-

⁷⁷ MLH III.1, §§ 21 y 139.

⁷⁸ Un intento de interpretación por el fenicio en Solà i Solé, J. M., 1968: «Assaig», 239-41.

⁷⁹ Gómez Moreno, 1962: *Escritura*, 73; Schmoll: 1966: «Miszellen II», 193. Cf. la forma griega, atestiguada en Estrabón, *Kastlón* (3.2.3).

cionan formas primitivas y autóctonas de los topónimos, sino también los NNP de magistrados monetales, en muchos casos NNP aún no romanizados. Desgraciadamente se trata, como he dicho de un material difícil, no sólo por las habituales dificultades de lectura sino porque a menudo sólo se grabó una abreviatura del NP. Las cecas del Sur que indican en algunas de sus acuñaciones nombres de magistrados son: Cartagena, Acci, Cástulo, Obulco, Abra, Sacili, Corduba, Urso, Acinipo, Carteia, Bailo, Lascuta, Vesci, Osset, Onuba, Baesuri, Myrtilis, y Salacia,⁸⁰ pero sólo podemos obtener alguna información interesante para nuestro tema en Cartagena, Cástulo, Obulco, Lascuta, y Salacia, y apenas indicios en Abra, Corduba, Acinipo, Carteia, y Onuba. Dejando a un lado la cuestión de los NNP voy a referirme sólo a una leyenda de Cástulo que puede tener especial interés. Se trata de una moneda en cuyo anverso figuran las leyendas SACAL e ISCER, entendidas por algunos autores como un único NP compuesto,⁸¹ pero que bien podrían ser dos quizá abreviados, y en el reverso, además de la abreviatura CAST, la forma SOCED en exergo (A.97-6). También esta forma ha sido entendida como NP, ya que en una lápida de Cástulo (EE 9, 329) se lee SOCE-DEIAVNIN, que con seguridad es NP femenino. Pero la posición en exergo parece excluir esta interpretación,⁸² y me inclino por lo tanto a ver aquí una denominación indígena de carácter institucional que, de la misma forma que ocurre con *ilti*, podría utilizarse también en la formación de NNP compuestos con un significado equivalente al de una oración gramatical al estilo del griego *Demosthenes*, o simplemente podría contener un lexema común, al estilo del ilirio *Teuta*, NNP ambos que se basan en palabras con el significado de «pueblo».

En general, parece que el efecto del léxico indígena en el latín fue escaso, y los datos no permiten hacerse una idea clara de qué lengua o lenguas entre las indígenas jugaron un mayor papel desde este punto de vista, ya que los autores antiguos, cuando citan palabras hispanas, las denominan genéricamente así, sin precisar más, y las que siguen vivas en las lenguas modernas normalmente se generalizaron primero en el latín de la Península y por lo tanto no presentan ahora una distribución que permita determinar su origen geográfico. En un par de trabajos recientes he reunido las palabras hispanas citadas por autores de época imperial; a ellas habría que añadir alguna cita republicana y algún dato epigráfico como *paramus* (CIL II, 2660), atestiguado ya en una inscripción

⁸⁰ Faria, A. Marques de, 1994: «Nomes»; DCyP I, 49 y 140-51.

⁸¹ MLH I, 328.

⁸² Debo este dato a María Paz García Bellido.

leonesa, en este caso en una zona donde la densidad del término en la toponimia permite, por una vez, pensar que podemos suponer allí mismo el origen del préstamo. Las palabras citadas por autores latinos pero que no perviven en el léxico posterior pueden haber sido recibidas en el latín de Hispania, pero sin llegar a generalizarse y afianzarse, al revés de tantos términos galos que utilizamos hoy día, porque desde el latín de las Galias se extendieron al resto del imperio, pero es muy posible que muchas de ellas fueran simplemente conocidas en ciertos círculos por razones diversas, por ejemplo los términos técnicos relacionados con la minería, y no llegasen a arraigar nunca en el latín coloquial.

Más problemática aún es la cuestión de la influencia fonética indígena en el latín, es decir la hipótesis que explica algunos de los cambios sufridos por el latín en Hispania hasta convertirse en castellano, galaico-portugués y catalán por la influencia del substrato, es decir por los hábitos articulatorios de los antiguos hispanos que no habrían llegado a pronunciar correctamente el latín tal como lo pronunciaban los llegados de Italia, y habrían acabado imponiendo su particular forma de hablar incluso a los descendientes de los emigrantes italianos, cuya primera lengua había sido siempre el latín. El tema es extraordinariamente complicado y con aspectos distintos en cada una, no ya de las zonas lingüísticas peninsulares sino en cada territorio dialectal. Los aspectos dominantes de este problema han sido la explicación por el substrato vasco de ciertos rasgos comunes a gascón y castellano, y la atribución a un substrato céltico de la sonorización y en general el debilitamiento de consonantes en ciertas áreas de la Península. No voy a entrar en estos temas que exigirían por sí solos más tiempo de todo el dedicado a esta ponencia y que en parte escapan a mis conocimientos, pero sí quisiera apuntar un par de observaciones generales. Los romanistas siguen, en general, manejando una imagen de la situación lingüística de la Península en la antigüedad excesivamente simple y en la que se atribuye un papel desproporcionado al vasco; la tendencia actual a negar la importancia del substrato obedece, más que a una reconsideración del detalle de los hechos, a una típica tendencia pendular de las que tan frecuentes son en la investigación, y a la vista de lo que está ocurriendo en otras áreas, por ejemplo en el NO de Europa, no sería extraño que fuese substituida en un plazo corto por una tendencia contraria; resulta totalmente inverosímil, a la luz de los avances recientes en el estudio de las mudanzas de lengua, que la latinización de la Península no haya dejado huellas significativas en el latín de las diferentes regiones, y lo que sabemos hoy día de algunas de ellas debiera permitirnos detectarlas al menos en parte; otra cosa es que la complicada historia posterior de los romances hispanos se preste a realizar ese estudio fuera de las zonas

más septentrionales, aunque conservo una nota de D. Rafael Lapesa en que me dice que Navarro Tomás insinuó que el ceceo/seseo andaluz podría tener sus raíces en el substrato tartesio. En todo caso, en el norte hay fronteras de lenguas y de dialectos que presentan una llamativa coincidencia con fronteras étnicas preromanas. Creo que es éste un campo de estudio que necesita una renovación y se la merece.

El último aspecto del contacto lingüístico con el latín en que se vieron envueltas las lenguas de la Península pertenece al campo de estudios, extraordinariamente vivo desde hace ya bastantes años, de la muerte de las lenguas, y en este caso podemos añadir de las escrituras, aunque sea éste un terreno al que se ha prestado mucha menos atención. Los efectos lingüísticos de la muerte de una lengua, cuando no va unida al exterminio de sus hablantes, caso raro pero no sin ejemplos, o cuando éstos son muy pocos en número frente a los hablantes de la lengua a la que se mudan, se manifiestan básicamente en ésta, y corresponden por lo tanto a los fenómenos de substrato a los que acabamos de referirnos en el latín de Hispania. Desde el punto de vista de la lengua que muere, aparte del hecho mismo de su desaparición y de sus causas, sólo se puede mencionar un cierto número de fenómenos de empobrecimiento, habitualmente de corta duración, que tuvieron que darse en la Península como en todos los casos similares, pero que no es probable que nunca lleguen a estar documentados ni siquiera ocasionalmente. El problema está naturalmente en que la expresión escrita de las lenguas paleohispánicas murió antes que la expresión oral, y no es pensable que ningún observador hablante de latín haya valorado, y menos pensado en comunicarnos, los cambios que se estaban produciendo en el agonizar de las lenguas indígenas. Como mucho puede filtrarse por azar algún indicio del proceso en marcha, y tal vez algo de esto tengamos en las inscripciones lusitanas. Es posible, aunque ahora no puedo entrar en esta cuestión, que el masivo uso de elementos célticos que encontramos en lusitano esté relacionado con el proceso de decadencia de la lengua; alguna vez me he planteado si *taurom* y *porcom* no podrían ser simplemente latinismos, aunque tratándose de términos comunes a varias lenguas IE occidentales y a la vez del léxico rural no me parece muy probable, pero junto a la falta de resistencia a los préstamos un rasgo típico de las situaciones de muerte de una lengua es la atrición, el empobrecimiento de sus recursos tanto léxicos como gramaticales. Una manifestación de ese empobrecimiento léxico puede ser la incapacidad para crear nuevos términos adecuados a nuevas necesidades, y desde este punto de vista cabe preguntarse si la primera frase latina de dos de las inscripciones lusitanas (MLH IV, L.1.1B y L.2.1), es decir, en ambos casos la expresión del autor de la inscripción utilizando el verbo «escri-

bir», no se justificará porque el lusitano ya no había creado el neologismo necesario para expresar esa idea; los lusitanos conocían la escritura, creaban una epigrafía en latín relativamente abundante, pero no podían hablar de ello en lusitano. De hecho, la reducción de dominios en que se puede utilizar la lengua vernácula es un conocido aspecto de la muerte de las lenguas; tal vez de la misma forma que una hablante de gaélico de Nova Scotia le decía a su encuestador; «Cuando compramos hay cosas que no podemos decir en gaélico, las decimos en inglés»,⁸³ un lusitano nos diría; «cuando nos ocupamos de la epigrafía hay cosas que no podemos decir en lusitano, las decimos en latín».

La muerte de una lengua es una cuestión típicamente sociolingüística, y la de una escritura, aunque menos estudiada, es sin duda un fenómeno del mismo tipo. Hay sin embargo una diferencia importante, que en el caso de las lenguas paleohispánicas es sin duda muy evidente la enorme diferencia en el número de los afectados en uno y otro proceso. En la muerte de una escritura mudan de escritura los pocos que saben escribir, en la muerte de una lengua muda de lengua toda la comunidad; además la mudanza de escritura puede ser a la vez mudanza de lengua escrita, pero no necesariamente. En todos los casos la mudanza se produce porque determinados factores sociales empujan en esa dirección y no existe una convicción cultural capaz de inhibir el proceso; no necesito insistir en los factores sociales que en la Hispania romana actuaban a favor del latín; la cuestión de las convicciones culturales es particularmente difícil y hasta ahora no existe ninguna explicación razonable de por qué ciertas sociedades rechazan la asimilación lingüística y otras no lo hacen; sobre la Hispania antigua carecemos totalmente de información y en principio debemos pensar que la presión mayor o menor del latín estuvo condicionada por mayor o menor facilidad de comunicación, bien sea facilidad social, por ejemplo la de los grupos indígenas privilegiados, bien meramente espacial, las diferencias por ejemplo entre la Bética y el País Vasco.

Puesto que la escritura en el mundo ibérico, y probablemente en el turdetano, tenía una función sobre todo económica y sus usuarios eran o miembros de las clases privilegiadas o dependientes de ellos, no es extraño que en la medida en que no sólo el control político estuviese en

⁸³ «When we are buying, there's things we can't say in Gaelic, we'd have to say that in English»; citado por S. Thomason (2001: *Language*, 222) de E. Mertz, «Sociolinguistic creativity: Cape Breton Gaelic's linguistic "tip"» (N. C. Dorian ed., *Investigating Obsolescence: Studies in Language Contraction and Death*, Cambridge 1989, 103-16), 108.

manos exclusivamente romanas sino que los agentes italianos adquiriesen cada vez más peso en todo tipo de actividades económicas y las mercancías italianas se convirtiesen en los productos de lujo dominantes, la tendencia a utilizar el latín como lengua escrita de la economía se hiciese imparable. A ello tuvo que contribuir el papel del ibérico como lengua vehicular, ya que la substitución de una lengua vehicular por otra es más simple que la de una lengua vernácula. Lo extraño entonces no es la desaparición de los textos ibéricos y turdetanos sino la lentitud con que, sobre todo en el caso de los ibéricos, se produjo. Es significativo, sin embargo, que prácticamente no se diese utilización del alfabeto latino para escribir estas lenguas, a diferencia de lo que ocurrió en Celtiberia; el estamento social que escribía asimiló el latín y el alfabeto latino a la vez y pasó a escribir en latín, lo que no nos dice nada sobre lo que los miembros de ese estamento hablaban en familia.

En Celtiberia la situación es más confusa, pero hay que tener en cuenta que la adopción de la escritura ibérica se produce allí en un contexto histórico en el que ya se había producido el contacto con los romanos, y en el que, por lo tanto, escritura ibérica, prácticas epigráficas latinas, presencia de negociantes italianos, un cierto conocimiento del latín y relaciones de clientela con aristócratas romanos fueron fenómenos que se dieron contemporáneamente y crearon al parecer una situación menos nítida que en el Mediterráneo y la Bética; se dieron así fenómenos peculiares de interferencia, en particular la utilización de la escritura ibérica como un alfabeto en el que existían signos diferentes para cada oclusiva según la vocal a la que precedía, y se dió también la substitución de la escritura local por el alfabeto latino, sin abandonar por ello la lengua propia. Es posible, por lo tanto, que el abandono definitivo del celtibérico como lengua escrita implique una auténtica latinización de los grupos dirigentes, máxime teniendo en cuenta que los textos celtibéricos, a diferencia de los ibéricos, no expresan relaciones económicas a menudo interétnicas sino aspectos institucionales estrictamente celtibéricos, aunque afecten frecuentemente a más de una comunidad. Por otro lado la cada vez más visible presión romana, que explica la decadencia de los antiguos pactos de hospitalidad entre celtíberos y su substitución por relaciones de patronato con romanos, forzaba a eliminar el celtibérico de la expresión de esas relaciones que ahora eran relaciones de dependencia.

En todo caso todo esto sólo es significativo para las capas sociales más altas, tanto del mundo ibérico y turdetano como del celtibérico, o como veríamos si tuviésemos tiempo de ocuparnos de la cuestión, del mundo feno-púnico en el sur, mientras que los griegos de Ampurias presentan algunas peculiaridades propias en las que no puedo entrar aquí.

Lo que ocurría con el uso oral de las lenguas vernáculas se nos escapa casi por completo a falta de información adecuada. La pervivencia del vasco demuestra que en territorios marginales o de difícil comunicación tuvieron una oportunidad de sobrevivir y probablemente fue la cristianización en latín la que les dio el golpe definitivo, aunque éste es un tema que exigiría tratamiento aparte.

BIBLIOGRAFÍA

- Abascal, J. M., 1994: *Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania*, Murcia.
- Actas I, 1976: *Actas del I Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica* (Salamanca, 1974), Salamanca.
- Actas II, 1979: *Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica* (Tübingen, 1976), Salamanca.
- Actas III, 1985: *Actas del III Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas* (Lisboa, 1980), Salamanca.
- Actas IV, 1987: *Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas* (Vitoria, 1985), Vitoria/Gasteiz, *Studia Paleohispanica*, Veleia 2-3.
- Actas V, 1993: *Actas del V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica* (Colonia 1989), *Lengua y cultura en la Hispania prerromana*, Salamanca.
- Actas VI, 1995: *La Hispania Prerromana; Actas del VI Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica* (Coimbra 1994), Salamanca.
- Actas VII, 1999: *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania prerromana. Actas del VII coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas* (Zaragoza 1997), Villar, F. y Beltrán F., eds., Salamanca.
- Actas VIII, 2001: *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania; Actas del VIII Coloquio Internacional sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, Villar, F. y M.^a P. Álvarez eds., Salamanca.
- Albertos, M.^a L., 1966: *La onomástica personal primitiva de Hispania. Tarracense y Bética*, Salamanca.
- Amadasi Guzzo, M.^a G., 1967: *Le iscrizioni fenicie e puniche delle colonie in Occidente*, Roma (IPFCO).
- 1978: «Remarques sur la présence phénico-punique en Espagne d'après la documentation épigraphique», *Actes du Deuxième Congrès de la Méditerranée Occidentale*, II, 33-42.
- 1994: «Appunti su iscrizioni fenicie in Spagna», González Blanco, A.; Cunchillos, J. L. y Molina, M., *El mundo*, 193-203.
- Aubet, M.^a E., ed., 1989: *Tartessos*, Barcelona.

- Beirão, C. M. de Mello y Varela Gomes M.: «Grafitos da Idade do Ferro do Centro e Sul de Portugal», *Actas III Coloquio*, 465-99.
- Beltrán, P., 1945: «La cronología del poblado ibérico del Cabezo de Alcalá (Azaila), según las monedas allí aparecidas», *BASE* 2, 1945, 135-79.
- Beltrán, F., de Hoz, J. y Untermann, J., 1996: *El tercer bronce de Botorrita (Contrebia Belaisca)*, Zaragoza.
- Beltrán Lloris, M., 1970: *Las ánforas romanas en España*, Zaragoza.
- , 1976: *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*, Zaragoza.
- , 1990: *Guía de la cerámica romana*, Zaragoza.
- Cabré, J., 1943: *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica de Azaila*, Madrid.
- Cabrera, P., Olmos R. & Sanmartí, E., Coordinadores, 1994: *Iberos y griegos: lecturas desde la diversidad I-II*, Huelva (= *Huelva arqueológica* XIII 1 y 2).
- Chantraine, P., 1968-1980: *Dictionnaire étimologique de la langue grecque. Histoire des mots*, París.
- CNH, Villaronga, L., 1994: *Corpus Nummum*.
- Correa, J. A., 1993: «Antropónimos galos y ligures en inscripciones ibéricas», *Studia palaeohispanica J. Untermann*, 101-16.
- 1994: «La lengua ibérica», *RSEL* 24, 263-87.
- Criniti, N., 1970: *L'epigrafe di Ausculum de Gn. Pompeo Strabone*, Milano.
- DCyP: García-Bellido, MP. y Blázquez, C., 2001: *Diccionario*.
- Delamarre, X., 2003²: *Dictionnaire de la langue gauloise*, París.
- Ernout, A. y Meillet, A., 1985: *Dictionnaire étymologique de la langue latine*, París (revisión de la 4ª ed. de 1959/1960).
- Evans, D. E., 1967: *Gaulish Personal Names*, Oxford.
- Faria, A. Marqués de, 1994: «Nomes de magistrados em moedas hispânicas», *Portugalia* 15, 33-60.
- Faust, M., 1966: *Die antiken Einwohnernamen und Völkernamen auf -itani, -etani*, Göttingen.
- Gaillardat, E., 1997: *Les Ibères de l'Èbre à l'Hérault*, Lattes.
- García-Bellido, M. P. y Blázquez, C., 2001: *Diccionario de cecas y pueblos hispánicos I-II*, Madrid (= DCyP).
- Garnsey, P., Hopkins, K. y Whittaker, C. R., 1983: *Trade in the Ancient Economy*, London.
- Gómez-Moreno, M., 1922, 1942: *Las lenguas hispánicas* (Discurso de recepción en la Academia Española, el 28 de Junio), Madrid (= 1941/42: *BSAA* 8, 13-32, con variantes y añadidos; *Misceláneas*, 201-17, selección con adiciones y correcciones).
- 1949: *Misceláneas. Historia, Arte, Arqueología. Primera serie: la antigüedad*, Madrid.

- Gómez-Moreno, M., 1962: *Escritura bástulo-turdetana (primitiva hispánica)*, Madrid (BT).
- Gorrochategui, J., 1984: *Estudio sobre la onomástica indígena de Aquitania*, Bilbao.
- 1987: «Vasco-Celtica», *ASJU* 21, 951-959.
- Guitart J. y Pera J., 1994: «Noticia preeliminar sobre una inscripción ibérica trobada a Guissona (Lleida)», *Laietania* 9.
- Guitart, J.; Pera, J.; Mayer, M. y Velaza, J., 1995: «Noticia preliminar sobre una inscripción ibérica encontrada en Guissona (Lérida)», *Actas del VI Coloquio*, 163-170.
- Heidermanns, F.; Rix, H. y Seebold, E. eds., 1993: *Sprachen und Schriften des antiken Mittelmeerraums. Festschrift für Jürgen Untermann zum 65. Geburtstag*, Innsbruck.
- de Hoz, J., 1963: «Hidronimia antigua europea en la Península Ibérica», *Emerita* 31, 227-242.
- 1976: «La epigrafía prelatina meridional en Hispania», *Actas I lenguas y culturas*, 227-317.
- 1986: «La epigrafía celtibérica», *Reunión sobre epigrafía*, 43-102.
- 1986: «Escritura fenicia y escrituras hispánicas. Algunos aspectos de su relación», *AuOr* 4 (= del Olmo, G. y Aubet, M. E. eds.: 1986: *Los fenicios*), 73-84.
- 1987: «La escritura greco-ibérica», *Actas del IV Coloquio*, 285-98.
- 1989: «El desarrollo de la escritura y las lenguas de la zona meridional», Aubet, M. E., ed., *Tartessos*, 523-587.
- 1993: «De la escritura meridional a la escritura ibérica levantina», Heidermanns, F., Rix, H. & Seebold, E. eds., *Sprachenn*, 175-190.
- 1993: »La lengua y la escritura ibéricas, y las lenguas de los íberos», *Actas del V Coloquio*, 635-666.
- 1994: «Griegos e íberos. Testimonios epigráficos de una cooperación mercantil», Cabrera, P.; Olmos R. y Sanmartí, E. , Coordinadores, *Iberos* II, 243-271.
- 1994: «Castellum Aviliobris. Los celtas del extremo occidente continental», *Indogermanica et Caucasica*, 348-362.
- 1994: «Notas sobre inscripciones meridionales de la Alta Andalucía», *Homenaje a J. M.ª Blázquez*, II, 167-179.
- 1995: «Tartésio, fenicio y céltico, 25 años después», *Tartessos 25 años después*, 591-607.
- 1996: «The Botorrita first text. Its epigraphical background», Meid y Anreiter, *Die grösseren*, 124-145.
- 1999: «Metales inscritos en el mundo griego y periférico y los bronceos celtibéricos», *Actas VII*, 433-470.

- de Hoz, J., 2001: «Hacia una tipología de la lengua ibérica», *Actas VIII*, 335-362.
- 2002: «Grafitos cerámicos griegos y púnicos en la Hispania prerromana», *AEspA* 75, 75-91.
- e.p.: «Ptolemy and the linguistic history of the Narbonensis», *New Approaches to Ptolemy* (Madrid 2005).
- Hubschmid, J., 1954: *Pyrenäenwörter vorromanischen Ursprungs und das vorromanische Substrat der Alpen*, Salamanca.
- 1960: «Lenguas no indoeuropeas: Testimonios románicos», *ELH* 27-66.
- Katičić, R., 1976: *Ancient Languages of the Balkans* 1-2, The Hague-Paris.
- Kontzi, R. ed., 1982: *Substrate und Superstrate in den romanischen Sprachen*, Darmstadt (Wissensch. Buchgesellschaft).
- Lejeune, M., 1960: «À propos d'un plomb inscrit d'Elne», *REA* 62, 62-79.
- 1983: «Rencontres de l'alphabet grec avec les langues barbares au cours du I.^{er} millénaire av. J.-C.», *Modes de contact*, 731-753.
- 1983: «Vieille-Toulouse et la métrologie ibérique», *RAN*, 16, 29-37.
- 1991: «Ambigüités du texte de Pech-Maho», *REG*, 104, 311-329.
- Luján, E. R., 1998: «Una nota sobre las inscripciones ibéricas de Vieille-Toulouse», *Veleia* 15, 397-399.
- Mariner, S., 1962: «Datos para la filología latina en topónimos hispánicos prerromanos», *Emerita* 30, 263-72.
- 1972: «Adaptaciones latinas de términos hispanos», *Homenaje Tovar*, 283-299 (= 1999: *Latín*, 550-566).
- 1979: «La distribución de los fonemas ibéricos según textos en escritura griega y en semisilabario y según onomástica transmitida», *Actas II*, 69-79.
- 1999: *Latín e Hispania Antigua. Scripta Minora*, Madrid.
- Martín Valls, R., 1967: *La circulación monetaria ibérica* (= *BSAA* 32, 1966, 207-366), Valladolid.
- Mata, C.; Soria, L., 1997: «Marcas y epígrafes sobre contenedores de época ibérica», *Archivo de Prehistoria Levantina* 22, 297-374.
- Medrano, M. M. y Díaz, M.^a A., 1986: «Inscripción ibérica sobre vasija tipo "ilduradin" hallada en Contrebia Belaisca (Botorríta, Zaragoza)», *Estudios A. Beltrán*, 601-611.
- Meid, W. y Anreiter, P., 1996: *Die grösseren altkeltischen Sprachdenkmäler*, Innsbruck.
- Menéndez Pidal, R., 1952: *Toponimia prerrománica hispana*, Madrid.
- Michelena, L., 1952: «¿Un aoristo sigmático indoeuropeo en la pátera ibérica de Tivisa?», *Emerita* 20, 153-160 (= *Lengua e historia*, 374-378, y cf. 486).
- 1977: *Fonética histórica vasca* 2^a ed., San Sebastián.
- 1979: «La langue ibère», *Actas II*, 23-39 (= 1985: *Lengua* 341-56).
- 1985: *Lengua e historia*, Madrid.

- MLH, Untermann, 1975..., *Monumenta*.
- Mócsy, A.; Feldmann, R.; Marton, E. y Szilágyi, M., 1983: *Nomenclator provinciarum Europae Latinarum et Galliae Cisalpiniae cum indice inverso*, Budapest.
- Nichols, J., 1992: *Linguistic Diversity in Space and Time*, Chicago & London.
- del Olmo, G. y Aubet, M. E. eds., 1986: *Los fenicios en la Península Ibérica* 1-2, Sabadell (= *AuOr* 3-4, 1985-86).
- Panosa, M.^a I., 1993: «Nuevas inscripciones ibéricas de Cataluña», *Complutum* 4, 175-222.
- 1999: *La escritura ibérica en Cataluña y su contexto socioeconómico (siglos V-I a. C.)*, Vitoria (se cita por los números del corpus, pp. 257-304).
- Quintanilla, A., 1998: *Estudios de fonología ibérica*, Vitoria-Gasteiz.
- Raddatz, K., 1969: *Die Schatzfunde der iberischen Halbinsel*, Berlín.
- Rodríguez Ramos, J., 1997: «Sobre el origen de la escritura celtibérica», *Kalathos* 16, 189-197.
- Schmoll, U., 1956: «Turma Salluitana. Einige Bemerkungen zur lateinischen Umschreibung hispanischer Eigennamen», *Glotta* 35, 304-11.
- 1959: *Die Sprachen der vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und das Keltiberische*, Wiesbaden.
- 1960: «Die Wortstämme iltírund iltu in der hispanischen Namenbildung», *Die Sprache* 6, 46-55.
- 1966: «Althispanische Miscellen II», *KZ* 80, 182-198.
- Solá-Solé, J. M., 1968: «Assaig d'interpretació d'algunes inscripcions «ibèriques» mitjançant el fenici i púnic», *OA* 7, 223-244.
- Solier, Y., 1979: «Découverte d'inscriptions sur plombs en écriture ibérique dans un entrepot de Pech Maho (Sigean)», *RAN* 12, 55-123.
- Solier, Y. y Barbotteau, H., 1988 (= 1990): «Découverte de nouveaux plombs, inscrits en ibère, dans la région de Narbonne», *RAN* 21, 61-94.
- Studia palaeohispanica*, 1993: *Studia palaeohispanica et indogermanica J. Untermann ab amicis hispanicis oblata*, I. J. Adiego; J. Siles, y J. Velaza edd., Barcelona.
- Tartessos 25 años después*, 1995: Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Jerez de la Frontera.
- Tchernia, A., 1983: «Italian wine in Gaul at the end of the Republic», Garnsey, P., & alii, *Trade*, 87-104 y 196-201.
- Thomason, S. G., 2001: *Language Contact. An Introduction*, Edinburgh.
- 2004: «Determining Language Contact Effects in Ancient Contact Situations», Bádenas, P.; Torallas, S.; Luján, E. R. y Gallego, M.^a A. eds., *Lenguas en contacto de la Antigüedad a la Edad Moderna*, Madrid (Manuales y Anejos de «Emerita» XLVI, CSIC), 1-14.

- Tovar, A., 1948: «La sonorización y caída de las intervocálicas y los estratos indoeuropeos en Hispania», *BRAE* 28, 265-80 (= 1949: *Estudios*, 127-147).
- 1949: «Pre-Indoeuropeans, Pre-Celts and Celts in the Hispanic Peninsula», *JCS* 1, 11-23 (= *Estudios*, 194-210).
- 1949: *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*, Buenos Aires.
- 1952: «Los Pirineos y las lenguas prelatinas de España», *Primer Congreso internacional del Pirineo*, 5-8. Zaragoza.
- 1954: «Sobre el planteamiento del problema vasco-ibérico», *Archivum* 4, 220-31 (reimpreso con adiciones en Tovar: 1959: *El Euskera*, 38-61).
- 1955: *Cantabria prerromana o lo que la lingüística nos enseña sobre los antiguos cántabros*, Madrid.
- 1955: «Sustratos hispánicos, y la inflexión románica en relación con la infección céltica», *VII Congreso internacional de Lingüística Románica. Barcelona 1953 II*, Barcelona, 387-399.
- 1955: «Notas epigráficas sobre objetos del Museo Arqueológico Nacional», *RABM* 61, 577-583.
- Untermann, J., 1961: *Sprachräume und Sprachbewegungen im vorrömischen Hispanien*, Wiesbaden (traducción portuguesa en *RGuim* 77, 1962, española en *APL* 10, 1963).
- 1965: *Elementos de un atlas antroponímico de la Hispania antigua*, Madrid.
- 1969: «Lengua ibérica y lengua gala en la Galia Narbonensis», *APL* 12, 99-161.
- 1973: «Le nom de Narbonne et la langue de ses habitants», *Narbonne. Archéologie et histoire*, 163-7. Montpellier.
- 1975/1980/1990/1997: *Monumenta Linguarum hispanicarum. I. Die Münzlegenden. II. Inschriften in iberischer Schrift aus Südfrankreich. III. Die iberischen Inschriften aus Spanien. IV. Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften*, Wiesbaden.
- 1976: «Pompaelo», *BzN* 11, 121-35.
- 1987: «La gramática de los plomos ibéricos», *Actas* IV, 35-56.
- 1992 (= 1993): «Quelle langue parlait-on dans l'Hérault pendant l'antiquité?», *RAN* 25, 19-27.
- 2003: «Los vecinos de la lengua ibérica: galos, ligures, tartesios, vascones», S. Torallas ed., *Memoria. Seminarios de Filología e Historia, CSIC*, Madrid (CSIC).
- Velaza, J., 2001: «Chronica Epigraphica Iberica II: Novedades y revisiones de epigrafía ibérica (1995-1999)», *Actas VIII*, 639-662.
- 2002: «Chronica Epigraphica Iberica IV (2001)», *Paleohispanica* 2, 411-414.
- 2003: «La epigrafía ibérica emporitana: bases para una reconsideración», *Paleohispánica* 3, 179-192.

- Vicente, J. D.; M.^a P. Punter; C. Escriche y Herce, A. I., 1993: «Las inscripciones de la “Casa de LIKINE” (Caminreal, Teruel)», *Actas del V Coloquio*, 747-772.
- Vidal, M., y Magnol, J. P., 1983: «Les inscriptions peintes en caractères ibériques de Vieille-Toulouse (Haute-Garonne)», *RAN* 16, 1-28.
- Vilà, M. del V., 1996: «Àmfora amb inscripció llatina i grafit ibèric», *Pyrenae* 27, 295-299.
- Villar, F., 2000: *Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Hispania prerromana*, Salamanca.
- Villar, F.; Díaz, M.^a A., Medrano, M. M.^a, y Jordán, C., 2002: *El IV Bronce de Botorrita (Contrebia Belaisca): Arqueología y Lingüística*, Salamanca.
- Villaronga, L., 1994: *Corpus Nummum Hispaniae ante Augusti Aetatem*, Madrid.
- Wagner, H., 1976: «Common problems concerning the early languages of the British Isles and the Iberian Peninsula», *Actas I Coloquio*, 387-407.
- Zamora, J. A., 2004: «Los textos invisibles: la documentación fenicia y la introducción de la escritura en la Península Ibérica», *Huelva Arqueológica* 20, 299-317.